

encontrado en cuanto estuviera al alcance de su voluntad noble y generosa para sus paisanos. No es, pues de extrañar que haya sido tan obsequiado y agasajado en Pamplona durante las últimas fiestas de San Fermín, periodo de expansiones legítimas y de regocijo popular, motivo oportuno para que se congreguen en Pamplona las más salientes personalidades y las representaciones de todas las clases del país.

Durante los días de su permanencia en la antigua Iruña ha estado alojado con su distinguida familia en el palacio de la Excma. Diputación foral y provincial y en su honor se han dado solemnes banquetes, serenatas y otras fiestas análogas.

Fué muy celebrado el discurso que pronunció en el Centro de Obreros, disertando, ante un público numeroso y selecto, sobre las relaciones naturales entre el capital y el trabajo, cuestión fundamental y de palpitante actualidad, que desarrolló de un modo admirable, cautivando por completo á cuantos le oían con atención absoluta, le aplaudían constante y estrepitosamente, y se enorgullecían de tener por representante en las Cortes al actual ministro de Gracia y Justicia.

---

## Noticias bibliográficas y literarias

---

*Nuevo Diccionario basco-francés-español* por el capitán J. B. Darricarrère.

Hemos tenido el gusto de recibir un prospecto de esta importante obra que se publicará por entregas de una hoja en 8.º á dos columnas. La primera entrega aparecerá durante este mes y saldrán á luz, mensualmente, dos por lo menos.

La lista de los señores suscriptores será impresa al frente de la obra y se admiten suscripciones en San Sebastián en la imprenta de Baroja, al precio de 0,40 francos por entrega.

Recomendamos la obra á todos los amantes del bascuence.

---

## LA MADRE DE DIOS DE BEGOÑA

---

### II

#### La Galerna

---

Formaron círculo los oyentes y tomando asiento el anciano, habló así:

—En mi vida de marino me he visto varias veces amagado de naufragar, ora en buques de vela, ya en esos grandiosos vapores, con los que he cruzado todos los mares del mundo. De niño ayudaba á mis padres, tripulando como *mari-erdi*, en una lancha pesquera y acostumbrándome así á la vida y los peligros del mar.

Al despuntar la aurora de un bellissimo día de verano y cuando los primeros rayos del sol deshacían la bruma, que durante la noche despide el mar, envolviendo los objetos, como para resguardarlos de indiscretas miradas, arrancaron del puerto las lanchas pescadoras, formando reducida escuadrilla. A pesar de mi corta edad, contemplaba arrobado desde la proa de la lancha, la marcha uniforme y acelerada que las imprimían los vigorosos remeros, que, con la precisión de un autómeta, bogaban, cantando alegres canciones.

Tranquilo el mar, como las aguas de un lago, resplandeciente el sol en un cielo azul purísimo, sin un soplo de viento que rozara aquella tersa superficie, corrían las lanchas, dejando tras sí plateada estela de espuma. Saltó, á la media hora, el fresco viento de tierra y dejando los remos, se largaron las velas y la escuadrilla avanzó con rapidez, cual bandada de blancas gaviotas, hasta llegar á las *calas* y echar los aparejos al mar en busca de la codiciada pesca. Gozaba yo viendo cruzar veloces

á las veleras traíñeras y recoger en su carrera á los peces, que, apenas cazados, caían en el fondo de la lancha, donde yo me cuidaba de apilarlos: mostrábanse todos satisfechos de la jornada y, absortos en su faena, apenas se cuidaban de mirar el horizonte; mas de improviso se encapota el cielo, hierve el mar sordamente, tomando ese aspecto sombrío y amenazador, triste augurio de la tempestad; calan sus velas, recogen los aparejos de pesca y empuñan los remos, para huir velozmente del ciclón ó galerna que se aproxima. La tarde se pone tan oscura y horrible, que puede envidiar la noche más espantosa: reman afanosos los marineros, en demanda del puerto, con esa angustia del que presiente una desgracia; avanzan y avanzan, pero la tempestad corre más que ellos: de pronto roló el viento al N. O. con violencia tanta, con furia tan espantosa, que parecía haber estado mucho tiempo cobrando fuerzas para hacer sentir á las débiles lanchas su enojo; sosprendidos por el vendabal hacíamos esfuerzos sobrehumanos, remando con empuje y vigor rabioso; las olas nos barren, sepultan y levantan á las nubes, pero bogábamos, luchando por la vida, hasta que una ola terrible, cual un gigante monstruoso, cogiéndonos de babor en uno de los movimientos de la lancha, la hace zozobrar, volcándola completamente y lanzando al agua á todos sus tripulantes, que felizmente pueden apoyarse en la lancha y unos subiéndose á la quilla y otros agarrados á sus bordes, contemplan con horror la soledad del mar, violentamente agitado, y ven ya su muerte próxima.

Niño yo y aturdido por el sacudimiento, fuí lanzado lejos de la embarcación: nadaba, pedía socorro, gritaba con la desesperación del que se hunde, mas ¿cómo socorrerme? El que soltara la lancha perdía la sola esperanza de salvación, si es que alguna restaba y el instinto retenía á todos clavados en su sitio: comprendí estaba perdido sin remedio; mis padres, hermanos, amigos, el pueblo todo pasó con vertiginosa celeridad por mi imaginación: desfallecían ya mis fuerzas, cuando, de pronto, el escapulario de la Virgen, agitado por el mar, me dá en el rostro: *Madre de Dios de Begoña, salvadme*, exclamé con toda la energía del corazón, poseído de vivísima fé y cual si tuviera á mi presencia á la Reina de los Cielos; aquel grito de suprema angustia, sencilla invocación de un niño, debió llegar al trono de mi augusta protectora, interesando su compasión, porque en el instante mismo, una ola monstruosa, tremenda, me aproximó á la lancha, levantándome en su cumbre de modo que fuera visto de los tres hombres que estaban aferrados á su quilla.

Uno de ellos era el patrón, (á quien Dios tenga en su gloria por ese y otros muchos actos de cristiana abnegación), suelta la lancha, nada dos ó tres brazadas, me recoge y coloca sobre su cuello y vuelve á su puesto en la quilla. ¿Cómo lo hizo, cuánto tiempo empleó? Preguntádselo al Señor, que le inspiró y ayudó en tan horóico arrojó: no me he dado cuenta jamás de cómo pasó aquella sublime y rapidísima escena; sólo sé que de golpe me encontré agarrado al cuello de mi salvador y sobre la lancha.

—Eso es magnífico y consolador, no concibo tanta abnegación, interrumpió el forastero sin poderse contener.

—Esperad un poco, caballero, que aún apenas si estamos al principio de ese grandioso drama, desarrollado en el mar, en plena borrasca, sin testigos y en el que si la caridad admirable de ese hombre se ostentó espléndida, el poder y la protección de la Madre de Dios brilló con tal evidencia, que aleja hasta las sombras de la duda en los corazones que la rinden homenaje de su gratitud, por el amparo que se digna otorgarles. Continúo mi relato.

La volcada lancha, llevándonos encima, marchaba al impulso de las olas, ya avanzando, ora retrocediendo, ya desapareciendo ante montañas de agua, que, al sepultarla, nos sumergía en el mar; ó respirábamos el aire enrarecido de la tormenta ó absorbíamos la salobre agua, sosteniéndonos con extremada dificultad en tan precaria posición; aquellos hombres sobre la quilla y yo agarrado al cuello del patrón: eso no se explica, se comprende y sólo el que ha pasado por su crisol es capaz de medir las angustias y el sufrimiento de tan horrible trance. Cada embate de las olas constituía un momento supremo; el que desfalleciera ó soltara la mano, parecía irremisiblemente: pasa así, no sé cuánto tiempo, quizás media hora, que fue de agonía para nosotros: el huracán nos impelía con rachas violentas, el mar nos cegaba con su espuma al estrellarse en la lancha; nada veíamos, ni nadie podía vernos en aquel inmenso y desierto mar, terriblemente agitado: debíamos perecer, si Dios no enviaba pronto y eficaz auxilio, y el Señor lo mandó por medio providencial.

Arrollada por el duro temporal, volaba, no corría una lancha, y al hallarse como á una milla de nosotros, nos vió providencialmente: sin cuidarse del riesgo á que se exponía, maniobró con tal acierto, que pudo acercarse y arrojar algunas cuerdas, previniendo las cogiéramos: los dos marineros que con nosotros se hallaban se lanzaron al mar, tenien-

do la suerte de ser recogidos por la lancha que, en su veloz carrera y medio anegada ya, no pudo volver para intentar con nosotros lo que felizmente había realizado con los otros dos.

Desapareció aquella lancha, arrebatada por el huracán, y quedamos solos, abandonados y sin salvación humana posible, el patrón, aferrado á la lancha y yo sobre sus hombros: sollozaba, y el patrón me consolaba: flaqueaban mis fuerzas y me ayudaba á colocar en posición más segura, á la vez que ambos pedíamos, contritos, á la Virgen nos salvara de aquel peligro. Os aseguro que los momentos eran espantosos; representad si no la escena en vuestra imaginación: un hombre abrazado con un niño sobre los restos de una barquilla sumergida, azotada por el vendabal y á merced de impetuoso oleaje, es decir, la fuerza sosteniendo á la debilidad: la muerte cerniéndose sobre nosotros y sin poder cebarse en sus víctimas: el niño llora y el hombre le alienta: la debilidad desmaya y la fortaleza la sostiene, prodigándola pedazos de sí misma, hasta el punto de confundirse y de prestarse á sucumbir con ella. Cada vez que recuerdo aquella triste agonía, comprendo hasta dónde llega el ideal sublime de la caridad y de la abnegación, porque aquel hombre pudo salvarse con sus compañeros, con sólo abandonarme y prefirió morir defendiéndome, á dejarme entre las garras de la muerte. Ya comprenderéis cuánto veneré su santa memoria y si estas lágrimas, que no puedo reprimir, son testimonio de la gratitud de mi alma.

Continúo. Al desaparecer aquella lancha entre montes de agua y quedarnos solos, nos juzgábamos perdidos ya: pasó aún algún tiempo, y aparece otra lancha, que intenta acercarse á la nuestra: ¡vano empeño! lucha, y las olas se la llevan: renueva su empeño, virando decidida, y de nuevo el mar la hace retroceder, cual leve pluma: por tercera vez acomete la empresa y una ola gigantesca se la lleva á sotavento, al hallarse á pocos metros de distancia: sus esforzados remeros son ya impotentes para vencer tanta resistencia y las corrientes impetuosas se llevan aquel destello de salvación.

¡Otra vez solos y empieza á obscurecer! Lloro amargamente y el patrón me ordena rezar; ¡sublime Religión que así inspiras al hombre en momentos tan horribles! La Madre de Dios de Begoña había decidido nuestra salvación y ésta debía efectuarse.

Los tripulantes de aquella lancha, al comprender su impotencia, tienden la vista sobre la vasta extensión del mar, como buscando al

Señor para llamarlo en ayuda de aquellos infelices; y el Señor se dignó escuchar sus oraciones, presentando á barlovento otra lancha, á la que llaman la atención, con señales, sobre el grupo náufrago.

No vacila en acudir al llamamiento: fijan su mirada en la lancha volcada: reparan en nosotros y con la energía que da el afán de una buena obra, enfilan su lancha hácia nosotros: retroceden varias veces, empujados por la violencia de las corrientes, mas renuevan sus esfuerzos y cada vez que se acercan nos animan con sus gritos á sostenernos firmes. ¡Virgen de Begoña, qué momentos aquellos! Tener el auxilio al alcance de la mano y al tender los brazos para cogernos, una ola se lleva los salvadores; pero no ceden, no; su tenacidad puede más que el temporal; acometen una y otra vez, hasta cinco; luchan así largo rato y cuando ya casi agotan sus fuerzas una ola hace chocar su lancha con la nuestra; y con la rapidez del pensamiento, robustos brazos logran asirnos y caemos en el fondo de su lancha, cual un solo cuerpo, ¡abrazados! pues el patrón, ni aún en aquella suprema hora me quiso abandonar!

—¡Bravo, D. José! He escuchado trémulo de emoción los detalles conmovedores de esa escena, que tantas veces me refirió el buen Domingo. Esa abnegación, esa caridad, sólo puede alimentarse en un corazón creyente, pues el mundo no tiene honores ni recompensas que premien tanto heroísmo; sólo en el Cielo puede esperar el galardón quien tan heroicamente se conduce, quien sufre y se sacrifica por sus semejantes sin más estímulo que el de la caridad. Tiene V. razón, ese hecho, como otros mil y mil, sólo se explica por la merced de la Virgen, que protege á quien la invoca con fé sincera y confianza en su misericordia.

—¡Ah! Escuchábais, D. Blas, mi relato; lo celebro; atestigüad á este caballero si es verdad cuanto he dicho, pues conoceis el hecho en todos sus detalles.

—Tan exacta es vuestra relación, que me permitiré terminarla. Llegó, venciendo la fuerza del temporal, la lancha al puerto, y como las dos que intentaron su salvamento estaban ya aquí y sus tripulantes habían contado á la multitud sus esfuerzos, dando por perdidos á aquellos náufragos, la alegría de verlos salvos fué inmensa; del puerto á la Iglesia, rezándose un rosario á la Santísima Virgen, en acción de gracias, por todo el pueblo, que se agolpa deseoso de rendir un tributo de gratitud á la que una vez más demostró ser la protectora augusta de los navegantes. Aquel valeroso y cristiano marino, tan modesto como

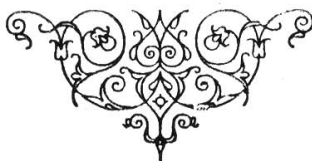
buen creyente, atribuía á la Virgen su acto heroico, diciendo, cuando más, lo hice en cumplimiento de un deber de caridad con el joven *mari-erdi*: ¿qué padre, solía decir, rehusa obrar como yo viendo perecer á un niño?

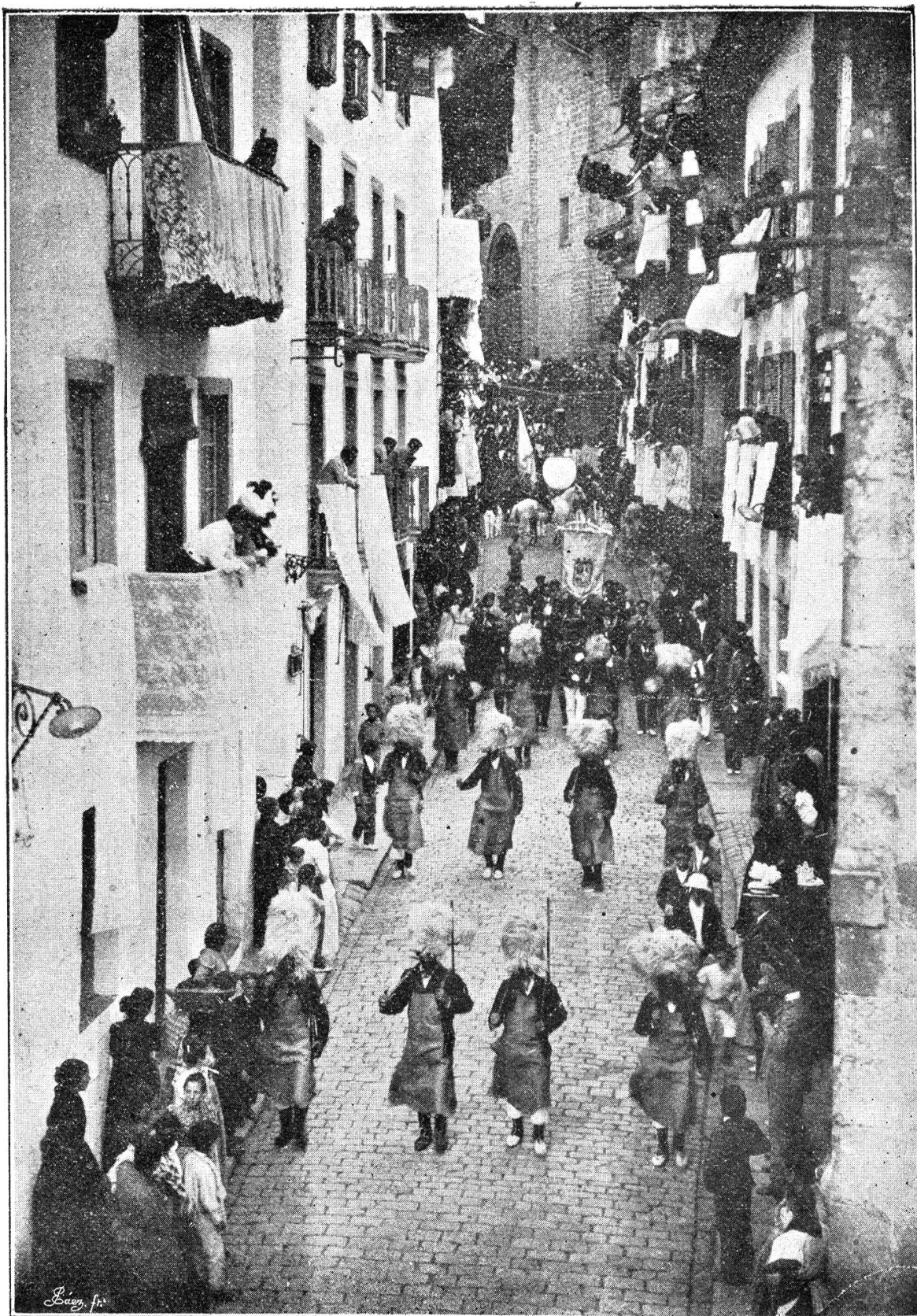
—No sé qué admirar más: si el suceso de extraordinaria abnegación que acabo de oiros referir, ó la fé con que atribuíis vuestra salvación á intervención de la Virgen, dijo el forastero.

—Sea lo que fuere empiezo á comprender por qué vuestra raza goza fama de heroica y de creyente y á vislumbrar que el pueblo que así sabe vivir en el trabajo y se afirma en la religión, tiene cualidades excepcionales, dignas de todo respeto.

—Permitidme, interrumpió el señor cura, haga historia de esa milagrosa Imagen, para llevaros al convencimiento de que este pueblo la debe tanto acatamiento, como profunda gratitud. Seré breve, pues he de limitarme á extractar, en pocas palabras, el notable trabajo de uno de mis amigos. Y para que la escuchéis más cómodamente, sentaos, y también vosotros, dijo, dirigiéndose á los jóvenes marineros, que le rodeaban.

ARÍSTIDES DE ARTÍÑANO Y ZURICALDAY.





EL "ALARDE" (FUENTERRABÍA)

# LAS FIESTAS DE SEPTIEMBRE

EN

## FUENTERRABÍA



Al Sr. D. Olegario de Laborda, Alcalde de la Muy Noble, Muy Leal, Muy Valerosa y muy Siempre Fiel Ciudad de Fuenterrabía.

Muy señor mío y distinguido amigo: A la enérgica conducta y generoso desprendimiento de D. Diego de Butrón, Alcalde de Fuenterrabía durante el sitio de 1638 y al valor indomable de estos vecinos, se debe en gran parte el que esta plaza no sucumbiera á los valientes ataques del ejército francés, siendo ellos, por lo tanto, la causa principal de que se estableciese para perpetuar aquel hecho glorioso, la función conmemorativa que se describe á continuación. Como sucesor que es usted en la Alcaldía de dicho esclarecido paisano suyo, y digno representante, además, de esta Ciudad, á nadie mejor que á usted podía yo dedicarle este modesto trabajo. Acéptelo, en el sentido indicado, no por lo que vale, sino por el buen deseo que me ha animado al publicar un recuerdo que tanto honra á usted y á sus administrados.

Queda de usted con la mayor consideración, muy atento

S. S. Q. S. M. B.  
SERAPIO MÚGICA.

Fuenterrabía, Agosto de 1900.

## HISTORIA Y DETALLES DEL ALARDE

---

Por su situación fronteriza, ha sido Fuenterrabía en todos tiempos, una de las plazas militares de España que más han sufrido en los casos de guerra con Francia, harto frecuentes desgraciadamente. El día 1.º de Julio de 1638, el ejército francés mandado por el Príncipe de Condé, bajaba animoso las montañas de Hendaya con las banderas desplegadas y gran aparato militar, llenando el espacio con los ecos guerreros de cajas y pífanos, para atravesar el Bidasoa y poner cerco á la plaza de Fuenterrabía. No esperaba España tan atrevida embestida y despertó alarmada al estampido de los cañonazos disparados contra los muros de Fuenterrabía, que no contaba en su recinto más que la mitad de la guarnición que le correspondía y muy escasos medios de defensa. No por eso se encogió el ánimo de estos habitantes, y mientras España se aprestaba á socorrerles, se reunían ellos en la iglesia parroquial y colocándose ante el altar de la Virgen veneranda de Guadalupe, que, por temor á ser profanada, bajaron de la ermita del Jaizkibel, pusiéronse de rodillas todas las mujeres y niños y de pie en el centro los hombres de combate, y al primer estampido del cañón enemigo, tendiendo la mano ante la santa imagen, juraron, si les concedía la victoria, guardar todos los años su festividad desde la víspera, con un día de ayuno, y devolverla en procesión á la ermita, su antiguo asilo.

Comenzó la pelea con igual porfía por ambas partes, y pasaban días y meses, sin que la plaza recibiera los auxilios esperados, llegando á ser muy aflictiva su situación. Sitiada por un ejército numeroso con grandes elementos de combate, arruinada la población bajo el peso de las bombas disparadas del campo enemigo, insepultos por las calles los cadáveres de amigos y parientes, derrotada é incendiada la escuadra que venía en su auxilio y deshechas por la tempestad las tropas encar-

gadas de levantar el cerco, parecía que todos los elementos se conjuraban para abatir el soberbio tesón de los defensores de la plaza, pero la guarnición y los valientes hijos de Fuenterrabía, colocados en el punto avanzado de la noble España, para cerrar sus puertas á gente enemiga, comprendían bien la importancia de la defensa á ellos encomendada y se habían decidido á no cejar en su empeño, sino á costa de su vida. Dejándose guiar por este amor santo á su tierra, no había peligro que les arredrase, ni sacrificio que no estuvieran dispuestos á arrostrar, y prescindiendo de toda compasión humana, abandonaron por la lealtad cuanto suele llamar la atención de los hombres, hasta el extremo de no tener más que un solo objetivo, una sola mira: defender á Fuenterrabía hasta morir. Por eso cuando el proyectil enemigo abría un hueco en la muralla, cubríanlo con su pecho, semejante en fortaleza á la secular piedra de allí arrancada; si los golpes del pico ó azadón denunciaban los trabajos de una mina, penetraban serenos en las entrañas de la tierra, buscando al enemigo por el hueco de la contramina; si veían que los víveres escaseaban, disminuían el rancho; si faltaba plomo para hacer balas, daban la plata que tenían en casa. A la contrariedad contestaban con un alarde, á la desgracia con un acto heroico y no había manera de hacerles sucumbir.

El día 7 de Septiembre del mismo año de 1638, el ejército español, mandado por el Almirante y el Marqués de los Velez, hizo su aparición en la cima del monte Jaizkibel. Las tropas francesas tomaron posiciones para cortarle el paso y desde la muralla los sitiados contemplaban los movimientos de ambos ejércitos, con el ansia que es de suponer. Rompióse el fuego en el alto del monte y comenzaron á avanzar nuestros soldados, que fueron pronto detenidos por las tropas sitiadoras en el llano de Guadalupe. Reforzada la vanguardia con gente de refresco, que á pasos doblados acudía en su auxilio, ansiosa de pelear, animóse la lucha, que estuvo indecisa en algún tiempo. Impaciente el jefe con tanta resistencia, picó espuelas al caballo y fué á ponerse al frente de las primeras filas, mandando avanzar á los nuestros, que, levantando una alegre vocería, acometieron con ímpetu extraordinario, saltando por encima de todos los obstáculos puestos á su paso y bajaron por la pendiente arrollándolo todo, como peñascos desprendidos desde lo alto de la montaña, haciendo correr delante á los franceses completamente sobrecogidos y desmayados, hasta meterles en el río Bidasoa, que sesenta y nueve días antes atravesaban llenos

de esperanza. En poco tiempo perecieron ahogados más de 2000 de ellos, ofreciendo un espectáculo horrible, además de otros 1500 que murieron en el monte y 2000 prisioneros que cayeron en poder de los nuestros. En toda esta empresa, perdió el francés 11.000 hombres de tropas escogidas. Al oscuro entraban los nuestros en Fuenterrabía, encaminándose á la parroquia, donde se cantó el *Te-Deum* en acción de gracias, y el entusiasmo, los vivas, las aclamaciones, los abrazos y las lágrimas, que de todo hubo, duraron toda la noche.

A los pocos días, España entera era sabedora de tan fausta noticia, que hizo desbordar de alegría á todos los corazones, especialmente en la corte, donde el pueblo, fuera de sí, recorrió las calles con gran tumulto y no paró hasta penetrar en los más íntimos aposentos del palacio real, para darle al Rey, cara á cara, la enhorabuena por la victoria. Dentro del palacio, como en todas partes, causó la noticia inmenso júbilo, y se regalaron lámparas de plata á las iglesias y se hicieron diferentes manifestaciones en el mismo sentido. Por aquel hecho se dió á esta villa el título de Ciudad.

El 4 de Septiembre de 1639, se reunió el Ayuntamiento de Fuenterrabía *para demostrar solemne y lucidamente el agradecimiento que debe la ciudad al milagroso suceso con que mediante la devoción de todo el pueblo á la Santa Virgen de Guadalupe y su intercesión libró nuestro Señor la plaza del riguroso sitio con que el enemigo la tuvo opresa y apretada en los últimos lances de su defensa* y acordó dejar memoria imperecedera de este hecho glorioso, conmerándolo anualmente con festejos públicos y trazó el programa que dicho año empezó á cumplirse, por los mismos que, habiendo tomado parte activa en la empresa, añadieron á la Historia de España página tan gloriosa. En efecto, se organizó el batallón, formando en sus filas aquellos valientes hijos de Fuenterrabía, que un año antes peleaban en la plaza contra el francés, y el día 8 de Septiembre de 1639, subieron á la ermita de Guadalupe, en cuyos campos se dió la batalla principal, mandados por el Alcalde y Capitán D. Juan de Justiz, que llevaba en su compañía á los capitanes Antonio de Anciondo y Diego de Butrón, aquel famoso Alcalde que, además de mantener firme el espíritu de sus paisanos en casos graves, durante el sitio, ofreció su plata para hacer balas, cuando vió que el plomo se acababa. El Marqués de los Velez y muchos oficiales del ejército de Cantabria acudieron también este primer año á tomar parte en el alarde.

Dirigió la palabra desde la cátedra sagrada el P. Francisco de Isasi en honor y alabanza de la Virgen de Guadalupe.

A pesar de los 261 años transcurridos desde entonces, se cumple aquel programa, casi sin variación alguna en su esencia, y aquella Fuenterrabía que tantas páginas ocupa en los gloriosos fastos de esta monarquía, levanta todavía de entre sus honrosas ruinas, su anciana y venerable cabeza para dar testimonio de su pasada grandeza.

Detallemos tal como hoy se practica.

### **Día 7 de Septiembre**

A las 12 del medio día del día 7, se da la primera señal de la fiesta echando á vuelo todas las campanas de la parroquia y Guadalupe, y tirando una descarga cerrada la compañía del barrio de Arkoll, formada al intento, sobre la ermita de Santa Engracia, á la que contestan los vecinos de la calle y caseríos con tiros y cohetes que salen por tejados y ventanas, causando entre todos un estrépito ensordecedor, que alegra el ánimo de los habitantes, bien dispuestos á celebrar la fiesta de su patrona con la mayor pompa y solemnidad. A las cuatro y media de la tarde, sale de la Casa Consistorial el tamboril, tocando el conocido *Titi-Biliti* (llamado así, sin duda, porque sus notas parecen imitar dichas voces), tocata musical muy antigua y que viene á ser un paso-doble á tres por cuatro. Va tocando las *alboradas* en la casa de los señores alcalde, vicario, concejales y algunos particulares, repitiendo siempre el *Titi-Biliti* en el trayecto de una casa á otra. Antes, con el tamboril, salían cuatro alabarderos, vestidos con tricornio, frac, calzón corto de color negro y zapato bajo con hebilla, habiéndose perdido esta costumbre en la guerra civil última, durante la cual y algunos años después, desde 1868 hasta 1881, no se hizo el alarde por razón de las circunstancias, pero el año 1883, con motivo de los Juegos florales celebrados en esta ciudad, salió el tamboril acompañado de los alabarderos, á la usanza antigua, relegándose de nuevo al olvido esta costumbre, que, desde entonces, no se practica. Al retirarse el tamboril, sale la música municipal tocando el mismo pasodoble, y al oscuro se canta en la parroquia una *Salve* solemne y *Te-Deum*, tirando la compañía del pueblo, colocada en la puerta de la iglesia, una descarga al entonar cada uno de los dos cánticos. En la ermita de Guadalupe se canta á la misma hora otra *salve*, que el Ayuntamiento

paga cuatro pesetas, y al efecto suben á dicho santuario, además del sacerdote, un concejal ó dos, en representación del Ayuntamiento, acompañados de un alguacil, quienes ordinariamente quedan alojados en la hospedería de la ermita, no solo para estar dispuestos á asistir á la función del día inmediato, sino también, los últimos, para hacer guardar el debido orden y compostura entre los muchos concurrentes que acuden á dicha ermita desde los pueblos inmediatos, en especial de Pasajes y Rentería.

Por la noche, siempre se hace algún festejo en la ciudad, en obsequio á los muchos forasteros que acuden de víspera á la fiesta.

### **Día 8 de Septiembre**

Al amanecer de la mañana siguiente, día 8, empiezan los toques de corneta y cohetes, llamando á los soldados que han de hacer el alarde, y poco más tarde sale la música por las calles, despertando alegremente al vecindario con los dulces ecos de una *Diana*, para que se levante á engalanar los balcones con colgaduras de múltiples colores, que, además de dar aspecto de fiesta á la ciudad, saluden á su paso, movidas suavemente por el viento, á los que van en procesión á rendir el debido tributo á su excelsa patrona, en el santuario elegido por ella sobre el monte Jaizkibel.

Aquellos soldados, que días antes venían practicando ejercicios en las amplias antepuertas de sus caseríos ó á lo largo de la carretera, empiezan á agruparse en la parte exterior del portal de Santa María, á donde se encaminan también, tirando salvas por secciones en el cubo de la Magdalena, punto desde donde se divisa la ermita de Guadalupe, las compañías de la Marina y Akertegi que sirven de escolta al comandante de la fuerza, desde que este vive en el caserío Butrón, y su ayudante, que, según costumbre, va á su casa á buscarle. A las siete y media rompen todos la marcha en correcta formación, subiendo en dos filas por la calle Mayor á la plaza de las Armas, y resulta un espectáculo de mucho aparato y conmovedor para el que conoce la historia del glorioso sitio de 1638, ver á los descendientes de aquellos héroes, que con sus proezas asombraron al mundo, conmemorar hazaña tan grandiosa al cabo de tantos años, conforme al deseo que los propios actores lo consignaron y en la misma forma que ellos lo establecieron. Entran en la plaza por el orden siguiente: Hacheros. Banda

de pitos y tambores. Música de la ciudad. Comandante y su ayudante, montados en briosos caballos, con el corneta de órdenes. Compañía del barrio de Jaizubia, donde entran también los del barrio de las Ventas de Irún, que anualmente asisten. Compañía del barrio de Arkoll. Id. de la Costa. Id. del Pueblo. Id. de Akertegi. Id. de marineros. Id. de veteranos, y, cerrando la marcha, los dos cañones con sus cureñas, concedidos por S. M. la Reina, en virtud de R. O. de 22 de Mayo de 1889 y su correspondiente dotación de artilleros y ganado. Al llegar á la puerta del Norte, adopta el batallón la formación de columna por compañías, y aprovechando su descanso, examinemos nosotros el uniforme y armamento que llevan. El comandante, antiguamente, iba vestido de negro, con levita y tricornio, pero hoy, aunque lleva levita negra, son encarnados el pantalón y boina. El ayudante también gastaba levita, pero el año pasado se presentó vestido de oficial de caballería. El piquete de hacheros, que se compone de un sargento, un ranchero y diez y seis números, llevan chaqueta negra, pantalón blanco con franja azul, polainas, una especie de morrión grotesco de piel de oveja y delantal de cuero. Van armados de escopetas y llevan además las herramientas de sus oficios, como son sierras, palas, picos y hachas. La banda de pitos y tambores va de pantalón blanco, chaqueta negra y boina encarnada. Al frente de dicha banda va el tambor mayor. Su indumentaria consiste en un morrión de hechura antigua con escarapela, penacho y cordones encarnados; guerrera antigua adornada con sardinetas encarnadas en el pecho y bocamangas, pantalón blanco y alpargatas del mismo color con cintas encarnadas. Si á esto añadimos un bigotazo postizo y un gran bastón con el cual lleva el compás de la banda, se comprenderá que el tambor mayor es una de las figuras más salientes del alarde. Antes, todo el resto del batallón llevaba el mismo uniforme que lleva hoy la banda, excepción hecha de la compañía de la Hermandad de mareantes que llevaba y lleva dicho uniforme con boina azul. Hoy, las compañías adoptan los uniformes á capricho, y así se ve á unas con pantalón blanco y blusa encarnada, otras con pantalón y chaqueta azul, etc. Cada compañía lleva su bandera, y la de Arkoll, que es la segunda, como ya se ha dicho, lleva la de la ciudad, y la de veteranos, que es la última, la de la Cofradía de mareantes. Va también con cada compañía su correspondiente cantinera, ataviada graciosamente con boina encarnada, falda corta de colores vivos con franja ancha en los bordes, cuerpo de panilla,

adornado con galones, y botas amarillas con polainas. Lleva, además, pendiente de fuerte correa, un barrilito de aguardiente colocado á la bandolera, para servir á los soldados una *kušota* en los descansos y un abanico en la diestra, que, abierto, le suministra aire, y, cerrado, da impulso al brazo en las marchas para moverlo marcialmente, ó cae sobre el rostro del soldado que, con pretexto del aguardiente, se acerca demasiado en los *altos*.

Todo el batallón lleva al cuello pañuelos de seda de caprichosos colores.

Formándose las compañías por barrios, se entienden los individuos entre sí para que la indumentaria sea igual, advirtiéndole que estos gastos, así como los de armamento y los de la cantinera, los sufragan individualmente, llevados por su amor á la fiesta. El armamento consiste generalmente en fusiles viejos y escopetas de pistón, aunque también las hay de sistemas modernos. A la cantinera, además de vestirla la compañía, la regala anualmente una partida de rosquillas que baja consigo de Guadalupe en forma de banda.

Formado en la plaza todo el batallón en el orden anteriormente dicho se procede á repartir 14 cartuchos por individuo, y acto seguido sale la compañía de Arkoll, precedida de la musiquilla de pitos y tambores que la forman ocho individuos y el tambor mayor, para dirigirse al compás de una airosa marcha antigua á la puerta de la iglesia, donde, terciadas las armas, reciben al Síndico del Ayuntamiento con la bandera de la ciudad, que desde el 14 de Agosto, víspera de la patrona de la iglesia, ondea en el coro. Al señalar el corneta con el toque correspondiente, la presencia en la plaza de la bandera, conducida por el Síndico que forma á la cabeza de la compañía, al lado del capitán, el batallón presenta las armas y la música deja oír los acordes de la marcha real, hasta que la compañía entra á ocupar su puesto. Al poco rato, disparan ambos cañones, situados junto al Castillo, y las campanas anuncian con sus lenguas de metal, la formación de la procesión. El batallón, atento á los toques de corneta, rompe la marcha formado en columna de honor, bajando por la calle Mayor hasta las puertas de la iglesia, donde espera ya la procesión con el cabildo Eclesiástico y Municipal. Al llegar frente á la puerta, hace alto la 1.<sup>a</sup> compañía y á la voz del capitán tira una descarga al aire, procurando que salga con la mayor uniformidad, porque en ello se fija mucho el público, aplaudiendo al que hace mejor. Al tirar la descarga, prosigue la marcha y

las compañías que le suceden, hacen igual, repitiéndose esto mismo frente á la Casa Consistorial. Cuando pasa toda la fuerza, sale la procesión cantando el *Ave Maris Stella* y después de bajar por el portal de Santa María, al divisar la ermita de Guadalupe, tiran nueva salva en la forma dicha y disparan los cañones como salutación á la Virgen, perdiendo en aquel punto el orden anterior, para proseguir en adelante formados de «á dos». Al dejar la carretera de la Marina y subir la explanada que hay en el comienzo de la que conduce á Guadalupe, en el paraje llamado *Iturri-berri*, desde donde se divisa nuevamente la ermita, se tiran nuevas salvas de fusilería y artillería. En todo este trayecto desde la plaza, toca la banda de pitos y tambores, y un poco antes de llegar á la ermita de Saindua, empieza la música. En este punto, se tiran nuevas salvas de fusilería y artillería y se deshace la procesión, dejando la bandera de la ciudad dentro de la ermita y disolviendo la fuerza del alarde á discreción. Cinco coches esperan en aquel punto al Cabildo, Ayuntamiento é invitados para subir al alto de Guadalupe. Los soldados y otra mucha gente que concurre de la ciudad y pueblos inmediatos de Irún y Francia, camina á pie en alegre conversación, ocupando todos los caminos y veredas que conducen en zig-zag al Santuario y resulta un espectáculo encantador, contemplar sobre el fondo verde del monte, aquellas líneas de vistosos trajes, que pausadamente suben y suben, como si una fuerza invisible les atrajera desde la cima. Al subir sobre el Jaizkibel, que domina delicioso y fértil valle, regado por el Bidasoa y embellecido por las encantadoras riberas de los diversos canales, que como cintas de plata brillan en el llano, álzase cubierta y arrogante, desafiando las inclemencias del tiempo, la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe. Una vez allí, después que el Cabildo y Ayuntamiento, toman en la hospedería un caldo con una copita de jerez para reponer las fuerzas y el público descansa en el campo, sirviéndose un *tente en pie*, se forma de nuevo la procesión en la ermita, y, precedida del batallón, dá la vuelta á la misma, subiendo por los lugares donde se dió la batalla el 7 de Septiembre de 1638 á la planicie donde está la cruz monumental de piedra de 11,83 metros de alto, que se levantó como recuerdo de la misa celebrada en aquél lugar el 15 de Octubre de 1876, al subir la Virgen, que, con motivo de la guerra civil, se bajó antes á la parroquia. La tropa ocupa la extremidad de aquél círculo y los cabildos Eclesiástico y Municipal el centro. Se tira una descarga general de fusilería y arti-

llería, bajando acto seguido á la ermita, donde se celebra Misa diacónada con asistencia del Ayuntamiento y se predica un sermón en Bascuence, en alabanza de la Virgen. Mientras tanto al batallón se le raciona por cuenta del Ayuntamiento con un litro de vino y 250 gramos de pan y al concluir con este modesto rancho, vuelve á formarse para tirar al tiempo del alzar una descarga general. Al concluir la Misa, mucha gente baja á sus casas, porque en ellas esperan los convidados que han venido á pasar la fiesta y otros dejan de subir por el mismo motivo, siendo ellos la causa de que la procesión no resulte más concurrida y lucida.

El comedor principal de la hospedería, lo ocupan este día el Cabildo, Ayuntamiento é invitados, que, generalmente, suelen ser el Jefe y Ayudante del batallón, el Organista, Jefe de la Guardia civil del Distrito, id. de Miqueletes y algunos particulares más, siendo los gastos de la comida por cuenta del Ayuntamiento. Los demás departamentos de la casa se llenan también, pero la mayor parte del público prefiere comer al aire libre, sentado en los herbales que rodean la ermita, eligiendo por sí mismo en las cocinas ambulantes que se instalan detrás del Santuario, los manjares más apetecibles. Después de comer, se hace nueva procesión en acción de gracias, saliendo por una puerta de la ermita y entrando por la otra y se baja á la ermita de Saindua, en la misma forma que á la subida, y aquellos soldados que después de las descargas del alzar bajaron á comer á sus casas, suben de nuevo á Saindua á incorporarse al batallón. Se recoge la bandera, que á la subida se depositó en dicha ermita y se organiza la procesión, que, acto seguido, se encamina á la Ciudad, bajando por delante el batallón á los acordes de una airosa marcha de la banda de pitos y tambores, tirando salvas en los mismos puntos que se designaron á la subida. Un inmenso público de naturales y forasteros, extendidos á lo largo de la carretera y en lo alto de las murallas, contempla el regreso de la fuerza armada, trayendo á la mente aquella otra tarde del día 7 de Septiembre de 1638 en que las tropas Españolas al acercarse triunfantes á la Ciudad invencible, después de rechazar á los Franceses de nuestro territorio, eran saludadas y vitoreadas con loca algazara por todo el pueblo agrupado sobre los derruidos muros y esperadas con lágrimas de entusiasmo en los ojos y una gratitud inmensa en el corazón, para abrazarles y compartir con ellas sus alegrías y consuelos, como compartieron antes las privaciones y penas. ¡Benditos mil veces, los pueblos

que tienen en su historia página tan gloriosa como ésta, en la cual solo se trata de defender con valor indomable la propia cuna y loados los hijos que así conservan y divulgan el amor á la independencia de sus antepasados!

Al llegar al portal de Santa María, el Preste entona el *Te-Deum* y el batallón repite las salvas en dicho punto, frente á la Casa Consistorial y parroquia, donde queda la procesión, continuando adelante la fuerza armada á dar la vuelta al rededor de la plaza de Armas y dejar allí la artillería, para bajar de nuevo á la calle Mayor, donde quedan formados en dos filas, mirando los unos á los otros, con la cabeza frente á la Casa Concejil. La banda de pitos y tambores, la música, la escuadra de hacheros y la compañía de Arkoll con la bandera de la ciudad que lleva el Síndico, esperan en la puerta de la iglesia á que concluya el *Te-Deum*. Acabado éste y despojados los sacerdotes de los ornamentos sagrados, salen del templo el cabildo Eclesiástico y Municipal y se encaminan á la Casa Consistorial, escoltados por las fuerzas dichas, que al compás del *Titi-Biliti* rompen la marcha, pasando por entre filas del batallón, que, como ya se ha dicho, se halla formado en dos filas á lo largo de la calle. Al llegar á los arcos de la Casa Consistorial, forma dicha escolta para dar paso á las autoridades citadas y á la bandera, entonando la música la marcha real. Los hacheros y compañía de Arkoll ocupan sus puertas y la bandera ondea en el balcón de la Casa Consistorial. El comandante conduce el batallón en dos filas hasta el portal de Santa María y vuelve de nuevo para arriba, quedando en línea desplegada con el centro al frente. Dá la voz el comandante de *carguen armas* y al poco rato la de *tercien armas*. En este momento el jefe de la fuerza levanta la espada, y mirando á la bandera en medio de un silencio general, arenga á sus soldados en la forma siguiente: *La Muy Noble, Muy Leal, Muy Valerosa y Muy Siempre Fiel Ciudad de Fuenterrabia*, y las fuerzas contestan *viva*. Todo el batallón tira una descarga cerrada, como saludo á la bandera, contestando los cañones que han quedado en la «Plaza de Armas».

Antiguamente se quemaba la bandera francesa á tiros en este punto, cuya costumbre vale más que se haya abolido, porque no debe ser el objeto de esta fiesta degradar á nadie, sino ensalzar y perpetuar los propios méritos.

Acto seguido el batallón de *á dos* por el flanco derecho, sube con la música á la plaza donde forman. Colocado el comandante frente á la

calle de San Nicolás, desde donde se divisa la ermita de Guadalupe, manda terciar las armas y en voz alta dice: *¡Viva Nuestra Señora la Virgen de Guadalupe!*, y las fuerzas, y con ellas el público, contestan: *¡viva!* Tiran nueva descarga general, disparan los cañones, y al toque de *fagina* el batallón *rompe filas*, dando por concluido el acto y se disuelve la fuerza, que en grupos se encamina á sus barrios respectivos, tirando tiros en todas direcciones, resultando de todo ello una fiesta de pólvora, que conmemora perfectamente el hecho histórico que se trata de representar.

El Ayuntamiento paga 20 pesetas al comandante y 5 al corneta; hacheros y artilleros 2,50 pesetas uno; tambor mayor y banda de pitos y tambores, 5 pesetas á cada uno. Paga también los caballos y la pólvora.

Además el Ayuntamiento les da billetes de entrada para los toros al comandante, su ayudante, capitanes, sargento y ranchero de hacheros, tambor mayor, y á las cantineras.

### **Día 9 de Septiembre**

Minutos antes de las diez de la mañana, se reúnen en la Casa Consistorial, el Ayuntamiento, la mujer, hija, hermana ó allegada de cada concejal y varios invitados, que son las autoridades, hermandad de mareantes y personas particulares de la vecindad ó colonia veraniega. La música y la «Compañía del Pueblo» como llaman aquí á causa de estar formada con elementos del casco de la Ciudad, esperan en los soportales de la Casa Consistorial á que bajen las autoridades y al dar las diez, se ponen todos en marcha por el orden siguiente: Compañía, Música, Invitados, Ayuntamiento, Señoras de duelo con la cabeza cubierta con manto de seda y dos mujeres cerrando la comitiva con dos cestas de pan en la cabeza, destinadas á la ofrenda. Al llegar á la puerta de la iglesia, se coloca la Compañía en dos filas para dar paso á la comitiva y después que se acaba el nocturno, que empieza á cantarse á las nueve y media, celébrase la Misa de *Requiem* en el altar del hermoso túmulo que se levanta en el Presbiterio en memoria de los que fallecieron en 1638. Al empezar la Misa y al alzar, la citada fuerza, tira dos salvas en la puerta y concluída aquella, un orador de nota pronuncia la oración fúnebre en lengua Castellana. Después del sermón, se sacan tres responsos en las tres naves de la iglesia, siguiendo en este

acto el Ayuntamiento al Clero, con lo cual se dá por terminada la función, y, acto seguido, pasa el señor Alcalde á la sacristía á invitar al Cabildo y predicador al refresco, dispuesto ya en la Casa Consistorial, marchando todos por el orden siguiente: Compañía, Música, Ayuntamiento con el Cabildo, Invitados y detrás las Señoras, advirtiendo que al ir á la iglesia van el Secretario y un Concejál en primera línea y el Alcalde en la última y al regreso, siguen el orden contrario, lo mismo que las Señoras que las representan. Llegados frente á la Casa Consistorial, la Compañía se forma en la calle para dar paso á la comitiva y el Ayuntamiento se coloca en dos filas dentro de los soportales, frente á la puerta de entrada, para dejar que pasen, primero el Clero, luego los invitados y en tercer lugar las Señoras para seguir, en último término, los Ediles, cerrando la marcha. Una vez en el salón, se reza un responso por el señor Vicario y suena en la calle la descarga final con que se despide la «Compañía del Pueblo» oficialmente, para marcharse por las casas de las autoridades y particulares, repitiendo aquellas, á cambio de las gratificaciones que le dan.

En dicho salón, está dispuesto un abundante y selecto refresco con toda clase de pastas, frutas y vinos, de todo lo cual se hace verdadero derroche.

Esta función fúnebre, cuando el día 9 cae en domingo, se hace el día 10.

A la noche se queman en la «Plaza de Armas», vistosos fuegos artificiales, dando por terminadas las fiestas.



## RECUERDO

---

Cuéntase que Catón, para impedir que sus esclavos viviesen en buena amistad, procuraba tenerlos divididos en facciones, y añade un historiador que lo que en su casa hacía aquel personaje, realizaba en sus dominios la República Romana atizando rencillas y discordias: *dividia para dominar*.

Esa fué también la política castellana en los comienzos del siglo XVI, y merced á ella pudo realizar sus ensueños ambiciosos aquel monarca que merecía servir de modelo á Maquiavelo para escribir *El Príncipe*.

Cada pueblo parece tener su misión histórica; la de Nabarra ha sido siempre la de resistir á toda tiranía—entiéndase bien, *á toda tiranía*, no á todo poder—y para que pudiera cumplirla, la Providencia alzó en los umbrales de la Patria un gigantesco baluarte de excelsas montañas, fiando su defensa á este honrado pueblo de corazón de acero, y haciéndole custodio del Arca Santa de las creencias religiosas y de las tradiciones de verdadera libertad, que son la esencia de su ser y fundamento de sus virtudes.

Pero en esa ciclópea fortaleza hay un portillo que, como en otras épocas, puede dar entrada al enemigo; nuestra desunión.

En nosotros consiste el inutilizarlo.

Recuérdelo Nabarra; recuerde sus virtudes, que constituyeron siempre el secreto de su fuerza; y con su sensatez acostumbrada, y suprimiendo inútiles é imprudentes alardes, indignos de la seriedad de nuestro pueblo, demuestre que el magnánimo sacrificio que con admiración de todos ha sabido hacer, en aras del amor al país, no es efecto de pasajeros entusiasmos, sino fruto de maduras reflexiones y convicciones arraigadas.

JUAN ITURRALDE Y SUÍ.

---



**EL 31 DE AGOSTO DE 1813**

EN SAN SEBASTIÁN

---

Al recorrer las calles de la ciudad de San Sebastián, tan concurridas y alegres en la presente estación, tropiézase en algunas de ellas con señales inequívocas de haber sido antes teatro de escenas, cuya sola memoria pone espanto en el corazón más empedernido. Es verdad que apenas si queda rastro de las ruinas que produjeron en la infeliz Donostía los huracanes de la guerra, cien veces más desastrosos y tremebundos que los del cielo, porque surgió luego de entre ellas más rica siempre y más esplendorosa que antes, gracias al patriotismo, á la abnegación y á la industria de sus moradores.

El recuerdo, sin embargo, de tamaña catástrofe como la de 1813 se mantendrá indeleble, mejor que en esas señales y que en las páginas de la Historia por elocuentes que parezcan, en la tradición lealmente transmitida de generación en generación y que llegará hasta las futuras más remotas tan viva, de seguro, y expresiva como se conserva en la actual desde el 31 de Agosto de aquel año terrible. Así es que mientras la playa, el casino y los paseos rebosan de los forasteros que,

al par de la salud, buscan en tal mes descanso á sus tareas ó esparcimiento á sus ánimos, el genuino donostiarra acude taciturno y melancólico á los templos á rogar al OMNIPOTENTE por aquellos de sus mayores, víctimas en día tan funesto de la barbarie más salvaje.

Hacía más de seis años que una orden del Generalísimo de nuestros ejércitos de mar y tierra, aquel *inolvidable* Príncipe de la Paz, había puesto en poder de los Franceses las fortalezas de San Sebastián que, con las de Pamplona y Barcelona, entregadas algunos días antes, y las de Pancorbo y Figueras pocos después, completaban para Napoleón su plan de dominio en la vasta zona fronteriza de la izquierda del Ebro. Desde ella y constituyéndola en base de sus futuras operaciones, podría el nuevo César desarrollar todo aquel pensamiento económico, político y militar trazado en Tilsit y Erfurt para extender su imperio á los términos occidentales del continente europeo.

Los efectos de la batalla de Bailén no alcanzaron á influir en la suerte de San Sebastián, pues que José Napoleón se detuvo con su ejército en Vitoria al retirarse de Madrid; y hubo de esperar á que el fracaso de Massena en Portugal, el revés de Marmont en los Arapiles y el levantamiento del sitio de Cádiz hicieran que el teatro de la guerra se trasladara el año siguiente á las provincias del Norte para, después de la batalla reñida el 21 de Junio de 1813 en la llanada de Álava, reducirlo, en la frontera ya, al curso del Bidasoa y las escabrosidades de los Alduides y Roncesvalles. La previsión del Emperador de los Franceses, aun pareciendo justificada en principio, quedó frustrada, pues que las batallas de Sorauren y San Marcial fueron así como el preludio de la reconquista de Pamplona y San Sebastián, sustentáculos, los más robustos, de la artera ocupación de la frontera española seis años antes.

Por aquellos días comenzó para la antigua Easo la accidentada crisis que habría luego de traducirse en tragedia tan horrenda como sangrienta y dolorosa.

La fortaleza era respetable, pero si antes había sido descuidada por el gobierno español á pesar de los ejemplos de 1719, al ser conquistada por el duque de Berwick, y de 1794, al entregarse á los soldados de la Convención, no la habían mejorado los imperiales, confiando, sin duda, en la fortuna de su incomparable caudillo. De modo que á nadie, y menos á los ingenieros ingleses podían ocultarse las condiciones de la plaza, sus partes más débiles, cuál, de consiguiente, era el

punto de ataque por donde sería infalible su conquista. ¿Quién, en efecto, ignora la situación de San Sebastián? ¿Quién la de sus fortificaciones al pie y en la cresta del encumbrado monte que así la ampara de los embates del mar como la protege del enemigo que la amenace por tierra? La ciudad era muy otra de la que amuralló Sancho el Fuerte de Navarra y muy otra también de la que nuestro invicto Emperador se empeñó en circuir con nuevas y más robustas fortificaciones que luego los adelantamientos en el arte polémica contribuyeron á que se extendiesen en proporciones considerables por el frente de tierra y se mejorasen no poco en los escarpes del monte y en las otras avanzadas de su castillo. El istmo, así, en que asienta la ciudad, muy angosto en su frente antes del derribo de sus murallas en 1863 y por donde comunicaba con la provincia de que hoy es capital y su más bello ornamento con ofrecer tantos y tan variados en sus montes y valles, aparecía inconquistable por lo robusto y bien entendido de las obras defensivas levantadas para impedir su acceso. Más aún lo parecía en los flancos, bañado el izquierdo por las olas del Océano al inundar la hermosísima bahía por cuya configuración ha recibido el nombre de *La Concha* con que es conocida; bañado también el derecho por el Urumea, si no de abundoso caudal propio, de nivel elevadísimo en las mareas que se extienden á larga distancia y con ímpetu arrollador que hace la corriente del río infranqueable. Pero ahí y en esas mismas causas y en accidentes topográficos inmediatos que al primer golpe de vista parecen carecer de importancia, es por donde, una vez descubierta la vulnerabilidad de la plaza, ha sido siempre atacada con éxito, si difícil, decisivo. Desprovisto allí el recinto de obras exteriores, resulta sólo precedido del río, vadeable en las bajas mareas y limitado en su margen derecha, opuesta al muro, por dunas que ofrecían dominaciones sumamente favorables para el ataque.

Los ingleses han sido siempre ejecutivos en el sitio de las plazas fortificadas, supliendo los medios que ofrecen el tiempo y el arte con la temeridad, por costosa que pudiera resultarles. Ejemplos elocuentísimos de esos procedimientos, que no pocos de sus ingenieros censuraban, ofrece esa misma guerra de la Independencia; los de Badajoz, particularmente, y el de Ciudad-Rodrigo, en que el asalto siguió de muy cerca á la marcha de las primeras operaciones del sitio. De modo igual ó parecido procedieron en San Sebastián, apuntándola por la izquierda del Urumea con la ocupación de la isla de Santa Clara, la de

San Bartolomé sobre el camino alto de Hernani y con alguna batería contrapuesta al hornabeque del frente de tierra, para emprenderla resueltamente por la margen izquierda, buscando el abrir brecha en la débil cortina que unía los cubos de Hornos y Amézqueta, bañados, como ella, en su pie por las aguas del Urumea.

Ni se hizo esperar tampoco el asalto; porque á los pocos días de haberse dejado ver de la plaza y de la ocupación de San Bartolomé, el 25 de Agosto, lo acometía la brigada inglesa del general Hay corriéndose por la izquierda del río, cubierta de rocas puestas á seco en la baja mar. El asalto correspondió á la necesidad de su logro por saberse que el mariscal Soult andaba reuniendo sus tropas en el Bidasoa para acudir al socorro de la plaza; pero, no muy practicable la brecha ó defendida con tanta fortuna como valor por los soldados franceses del general Rey que mandaba en San Sebastián, fué ejecutivamente rechazado, teniendo que retirarse los britanos, si haciendo justicia á los adversarios, desatándose en improperios contra sus propios jefes é ingenieros.

De ahí la doble jornada del 31 de aquel mismo mes, simultánea en San Marcial y en San Sebastián; coronada con el éxito más glorioso por el triunfo de los españoles en el Bidasoa y manchada por los ingleses con sus incalificables atropellos después de su entrada en la ciudad del Urumea. Los cañonazos que anunciaban nuestra victoria en los altos próximos á Irún, apenas si se oían en San Sebastián, apagado su lejano estruendo por el aturdidor y espantable que se alzaba en la brecha de la Zurriola, con los estallidos de la pólvora, los *hurras* de los vencedores y las imprecaciones de los vencidos. Porque, efectivamente, después de más de dos horas de un asalto verificado, como el anterior, por el claro que dejaba expedito la ría y secundado por los portugueses vadeando el Urumea con agua al pecho y bajo el fuego de la plaza y del castillo, los ingleses, favorecidos, además, por la explosión del repuesto de municiones que los franceses tenían junto á la brecha, la ganaron, á costa, eso sí, de miles de valientes y de la vida de su egregio ingeniero el coronel Fletcher, sepultado aún con varios de sus camaradas en una de las más pintorescas rocas del monte Urgull que presenció su primer revés y último triunfo.

Nada, sin embargo, ni la abundante sangre que costó lo tenaz y heroico de la defensa, disculpará la conducta de los vencedores á los pocos momentos del asalto. Y no es que se ensañaran en los que aca-

baban de venderles tan caro el triunfo; porque, así como en Badajoz, y era justo, vieron en ellos á los soldados valerosos, adversarios suyos pero defendiendo el honor de las banderas de su patria. No; cebaron su rabia en los inermes habitantes de la ciudad que los esperaban con el ansia del cautivo de tantos años que ve llegado el momento de su redención, con los brazos abiertos y aclamando á sus libertadores. Y mientras los franceses, aunque dejando en su retirada al castillo algún centenar de prisioneros, sorprendidos junto á la brecha, eran, repetimos, tratados con la humanidad que imponen las leyes de la guerra, la soldadesca inglesa ejercía en las calles, en las casas y hasta en los templos, desmanes, atropellos y violencias cuya memoria, según llevamos dicho, pone espanto en el corazón más esforzado.

No es el de hoy día de protestas, denuestos y recriminaciones, que lo es de recogimiento, de oración y de perdón por consiguiente, ya que nunca debe serlo ni lo será de olvido. La Historia se ha encargado de recordar las horribles escenas de que fué teatro la infeliz ciudad, de las que fué la menos imponente el incendio de las casas y de tanto y tanto monumento como daban testimonio de su antigüedad é importancia, de la alcurnia y esplendidez de muchos de sus moradores á la vez que del florecimiento de su comercio en ambos mundos. Lo espantoso, lo incalificable es el tratamiento contra las personas, en las que el vencedor, por más que su triunfo debiera imponerle consideración á la naturaleza de ellas y piedad por sus condiciones, se ensañó con feroz insistencia sin atender á edad, sexo ni estado.

Bien pudiera decirse con el poeta latino: «Hæc facies Troyæ cum caperetur erat».

Hay, con todo, que hacer una observación que establece diferencias esenciales entre la conducta de los asaltantes de una ciudad enemiga, cuya destrucción en ciertos casos se halla disculpada en las leyes de la guerra, y la de quienes acuden á librar una plaza aliada de la dominación extranjera. El de San Sebastián era un pueblo amigo, de quien los ingleses no han sabido justificar queja alguna, acto el menos ofensivo que pudiera entorpecer sus operaciones militares; y estando, como está, probado que partió de ellos el incendio y momentos después la serie de crímenes que el fuego no logró ocultar á la vista entre sus tenebrosas nubes de llamas y humo, ni cabe achacar la iniciativa de tales atentados á los franceses, que bastante tenían á qué atender con buscar el refugio del castillo, que ocho días después habían de

entregar á sus perseguidores, ni echar sobre los vecinos de la infeliz ciudad responsabilidades de ningún género por la destrucción de sus propios hogares y la pérdida, mucho menos, de su fortuna y vidas.

Nada: el silencio, al principio, de Graham en sus partes; las depreciativas contestaciones de Wellington al Municipio easonense, después, negándose á disculpar siquiera tamaños atropellos como los de sus tropas, y los insultos en que se desató la prensa inglesa contra los españoles con tal motivo, nada logrará atenuar las proporciones que dan á tan lamentable suceso como el del 31 de Agosto de 1813 la importancia del incendio y la hecatombe que tantos años hace lamentamos.

Y sin embargo, San Sebastián, resistiéndose á toda represalia inspirada por el espectáculo que debió ofrecer tamaña catástrofe y por los lamentos y justísimas quejas de las víctimas, tan fiel y elocuentemente interpretados por sus conciudadanos en sus varias desoidas representaciones y por los historiadores de tan fatal jornada pidiendo reparación ó venganza; San Sebastián, repetimos, ha dado el más raro y generoso ejemplo de la longanimidad de sus hijos. Los ingleses, muertos en el asalto, yacen respetados en sus marmóreas tumbas del castillo; y al venir después á San Sebastián los legionarios que Inglaterra envió á combatir en la guerra civil iniciada al fallecimiento de Fernando VII, en vez de odios y rencores, sólo hallaron sentimientos de confraternidad y aun de gratitud por sus servicios anteriores á la Patria y por los que esperaban nuestros donostiarras para la causa liberal que con tanto entusiasmo habían abrazado. No es ni ha sido nunca el título de Extranjero obstáculo en San Sebastián para el ejercicio del espíritu de hospitalidad que la distingue, tan amplio y generoso que se ha hecho proverbial, no sólo en España, sino en muchas otras partes de Europa. Que si en nuestro país ha sido probado ese noble espíritu en las diversas vicisitudes que han dado ocasión á admirar la guerra y la política, las emigraciones que los problemas religiosos produjeron en Irlanda y en Escocia, como las más recientes que provocó la Convención en Francia, lo han hecho manifiesto al mundo entero por el vehículo de sus cronistas é historiadores.

El olvido de aquella infausta noche del 31 de Agosto de 1813 no es fácil, se hizo imposible; tales, tantos y tan horribles fueron los atropellos que cometieron en ella los que, ofreciéndonos amistad desinteresada y alianza generosa contra un enemigo que sólo con ella logra-

rían vencer después de un largo ciclo de esfuerzos, inútiles hasta entonces, olvidaron, ellos sí, vínculos tan sagrados pretextando sacrificios que, más que en favor de España, hacían buscando para su patria lo que hemos dicho en otra parte al discurrir sobre los efectos de su tan decantada cooperación en la guerra de la Independencia, «el recobro de la anterior preponderancia en los asuntos políticos del mundo, su libertad de acción y la salvación de su industria y su comercio, los intereses más preciados de la Inglaterra, tan utilitaria como arrogante.»

Pero también decíamos en aquel discurso: «Aquella que hoy admirais, perla del Océano, meciéndose en su azulada concha, blandamente recostada en la euskara montaña cubierta de verdor eterno, y nacida para ofrecer paz y ventura en su hospitalario seno, hecha por su misma hermosura y su fatal destino imán de la guerra, de sus furrores y estragos, sería hoy montón informe de ruinas sin el patriotismo de los egregios varones que, con semblante lívido todavía y cubiertos de luto, decidieron ocho días después en Zubieta la reedificación de su querida ciudad y su renacimiento al comercio y las artes que tanto la engalanaban antes de catástrofe tan horrible».

Eso, pues, y el florecimiento, nunca interrumpido, con que los moradores de San Sebastián han logrado atraerse el concurso y la admiración de las gentes, propias y extrañas, haciendo de la ciudad motivo fundadísimo de orgullo para toda España, deben siempre moverles á, con la memoria y la pena de tal tragedia como la del 31 de Agosto de 1813, rogar al ALTÍSIMO en los aniversarios de día tan infausto por la paz de los que en él padecieron martirio á la vez que por el perdón de quienes, en la embriaguez de la lucha, olvidaron la misión, interesada ó no, de todos modos honrosa, que se les había confiado en nuestra patria.

¿Qué mayor castigo para un ser honesto que la generosidad de su enemigo?

J. G. A.

San Sebastián, Agosto de 1900.



## MONOGRAFIA DE ASTEASU

por el Inspector de archivos municipales de Guipúzcoa

**D. SERAPIO MÚGICA**



ALCALDÍA MAYOR DE AIZTONDO

(CONTINUACIÓN)

Las noticias que tenemos posteriores á dichas Ordenanzas, son más completas. Sabemos, en efecto, que por la emperatriz doña Juana, se hizo merced de la Alcaldía de Aiztondo á don Juan de Borja, su mayordomo mayor y Señor de las casas de Oñaz y Loyola. Tomó Borja posesión de la Alcaldía el año 1558 y la conservó hasta su muerte que debió ser el año 1606. No ejercía el cargo por sí mismo, sino que nombraba tenientes de alcalde que le representasen: Uno en Asteasu, como cabeza cuya jurisdicción se extendía á Larraul y Soravilla; otro en Urnieta y el tercero en Astigarraga. Cada uno de ellos ejercía el cargo en su distrito, independientemente de los otros y aunque conocían en todas las causas civiles y criminales como los demás Alcaldes de la Provincia, las apelaciones de las mismas, se interponían ante el Corregidor de la Provincia y la Chancillería Real de Valladolid.

Cuando el mercenario revocaba la comisión á uno, el que entraba en su lugar recibía la residencia al saliente.

El primer teniente alcalde que nombró Borja en Asteasu, fué Juan Ruiz de Iribar el 16 de Junio de 1558, cuya acta de posesión, literalmente copiada del original, verán los lectores en el Apéndice n.º 1 que existe en el Archivo Municipal de Asteasu. Como se vé por ella, es el Jurado el que le recibe el juramento y le dá posesión del cargo, á diferencia de lo que sucede los años sucesivos, en que el teniente alcalde que cesa en el cargo, es el que llena esta formalidad, lo cual parece

venir en confirmación de que por entonces no había Alcalde y de que el Jurado era, en su defecto, la autoridad superior.

El último teniente que nombró dicho señor el 15 de Octubre de 1596, por escritura otorgada ante don Antonio Salgado en Madrid, fué Domingo de Lizarraga, quien anteriormente había desempeñado dicho cargo por igual comisión. Siendo teniente alcalde el año 1590, le ocurrió un hecho que, por estar relacionado con la Provincia, merece relatarse.

Guipúzcoa tenía el privilegio de nombrar Alcalde de Sacas en el paso de Behobia, que era el encargado, hasta que se estableció la Aduana en la frontera, de vigilar el paso entre Francia y España y evitar el contrabando, privilegio que le fué concedido por los Reyes Católicos en Trujillo á 12 de Julio de 1479, y en su virtud hacía periódicamente los nombramientos, conforme á lo que tenía dispuesto en sus Ordenanzas.

En la Junta general celebrada en la villa de Tolosa el día 19 de Abril de 1586, se procedió al sorteo de la Alcaldía de Sacas y correspondió el octavo lugar á las Alcaldías de Seyaz y Aiztondo, villas de Hernani y Usurbil. En las Juntas de Cestona, con fecha 5 de Mayo de 1590, jugaron la suerte los referidos lugares, incluídos en el octavo puesto, siendo la Alcaldía de Aiztondo la favorecida por la suerte. En su vista, se avisó con propio á Asteasu para que se procediera al nombramiento, conforme con las Ordenanzas provinciales, y reunidos los vecinos el día inmediato, bajo la presidencia de Domingo Lizarraga, teniente alcalde en representación de D. Juan de Borja, nombraron á dicho Domingo y su hermano Martín para que la Provincia eligiese á uno de los dos. Habiéndose presentado dichos nombramientos en la Junta de 8 de Mayo, la representación de Cestona propuso que haciendo abstracción de ambos Lizarragas, se nombrase Alcalde de Sacas á D. Francisco de Aramburu, señor de la casa de Azelain y vecino de Soravilla, que, como se deja dicho, pertenecía también á la Alcaldía de Aiztondo. Hubo diferentes pareceres, y puesto el asunto á votación, triunfó la proposición mencionada, avisando inmediatamente con propio á Aramburu para que se presentara á dar la fianza y prestar el juramento. Protestó Domingo de tal nombramiento, pero la Junta acordó que por no haber cumplido él, ni el concejo con el tenor de la Ordenanza y proveimiento que había acerca de las cualidades que debían tener los Alcaldes de Sacas, y procedimientos que en su nom-

bramiento habían de guardarse, quedaba elegido dicho Aramburu. Apelaron Lizarraga y consortes ante la Chancillería de Valladolid, exponiendo las razones que les asistían para que recayese en él dicho nombramiento, basándose principalmente en la costumbre seguida en la Provincia de aceptar los nombramientos hechos por los pueblos, y la Provincia y Aramburu presentaron su escrito de respuesta, en el cual se exponían los razonamientos siguientes: que fueron los que indujeron á las Juntas de Cestona á desestimar el nombramiento de la Alcaldía de Aiztondo. Decían que en dicha elección no se guardaron las debidas formalidades, porque no se hallaron presentes los vecinos de las aldeas y fuegos de dicha Alcaldía, como debían. Que las Ordenanzas provinciales disponían que no se procurase dicho puesto, y que Lizarraga, estando de procurador juntero, volvió á Asteasu de donde era Alcalde, y se había hecho nombrar. Que habiendo sido invitados, conforme á Ordenanza, los nombrados, para que jurasen que no habían inducido á los que los habían elegido, no quisieron jurar. Que se habían de nombrar personas de las más principales de las villas y Alcaldías expertas en negocios, y que tuviesen habilidad para servir dicho oficio, y los hermanos Domingo y Martín, nombrados por Asteasu el uno era sastre y el otro oficial cantero que no sabía romance, ni leer, ni escribir. Que dicho cargo le tenían ordinariamente las personas más principales de la Provincia, aunque tuviesen de seis á ocho mil ducados de renta. Que las Juntas siempre habían variado los nombramientos, cuando estos recaían en personas ineptas.

Se dictó sentencia de vista en Valladolid á 7 de Septiembre de 1590, condenando á la Provincia á poner las cosas en el puesto en que estaban, al tiempo de la elección y al pago de las costas. Se apeló por ésta y Aramburu, pidiendo la revocación de la sentencia y visto el pleito en grado de revista el 2 de Octubre siguiente, fallaron confirmando la sentencia anterior.

Se reintegraron á Asteasu 6932 maravedises á que ascendieron las costas, de todo lo cual conserva real ejecutoria la villa en su archivo.

Procediendo el Corregidor el 26 del mismo á cumplimentar dicha real ejecutoria, ordenó á Aramburu que entregase la vara de Alcalde y que se pusieran las cosas en el ser y estado en que estaban al tiempo en que se hizo su nombramiento. Reuniéronse en su consecuencia en la villa de Azpeitia el regimiento de dicha villa, Diputado general y Corregidor en voz de Guipúzcoa, y nombraron Alcalde de Sacas de allí

hasta las Juntas de Segura á Domingo de Lizarraga. Habiendo pasado á notificar dicho nombramiento á Aramburu á su domicilio de Irún, para que hiciese entrega de la vara á su sucesor, se ausentó de la citada villa, presentándose en Azpeitia el día 31 á entregar personalmente la vara á la representación de la Provincia por ser quien se la dió. El 3 de Noviembre se hizo cargo Lizarraga de dicha Alcaldía de Sacas, tomando posesión de la gabarra que la Provincia tenía puesta en el río y paso del Bidasoa, nombrando gabarrero á Miguel de Goroa, vecino de Asteasu, y mandando á los gabarreros que se hallaban por la parte de Francia y á los de Irún y Fuenterrabía que se encontraban en la ribera y puntal de esta ciudad, que bajo pena de la vida, no pasasen personas, cabalgaduras, ni mercaderías de este Reino al de Francia y vice versa.

Una reclamación idéntica á la que dejamos relatada, tuvo que hacer de nuevo Asteasu, cuando le tocó el turno otra vez. Al morir el Alcalde de Sacas Domingo de Catategui en 1619, nombraron otro para reemplazarle las Juntas de Azcoitia, siendo designado al efecto Martín Pérez de Zubiaurre, pero habiendo Asteasu presentado la oportuna petición diciendo que á ella le correspondía el turno para la citada designación, previa conformidad de los letrados consultores y del señor Zubiaurre, se accedió á ello, nombrando Asteasu á Bartolomé de Iturrieta y Luis de Zaldua.

Muerto D. Juan de Borja, se comunicó á los pueblos interesados la vacante de la Alcaldía y se les autorizó por Real cédula fechada en el Pardo á 22 de Noviembre de 1606 para practicar los autos y diligencias necesarios para conseguir la vara, y aunque se recogieron varios dictámenes de letrados, y se sacaron copias de papeles existentes en los archivos de Regil y Azpeitia, con las condiciones estipuladas con Idiáquez para la cesión de la vara de la Alcaldía de Seyaz en beneficio de los pueblos interesados, con el objeto de que sirvieran de norma y precedente en el caso idéntico en que se encontraban, ello es que no encontramos resultado práctico alguno, sino es el litigio que se entabló entre Larraul y Asteasu, á consecuencia de haber pretendido el primero para sí la vara de la Alcaldía, á lo que se opuso el segundo por querer que continuase sometido á su autoridad.

Por merced del Rey Felipe III pasó la vara á D. Francisco, príncipe de Squilache, hijo de D. Juan de Borja, pero teniendo presente la Provincia que sus Ordenanzas y privilegios disponían que los tales mercenarios habían de ser originarios de ella, entabló la correspon-

diente reclamación oponiéndose á que tomase posesión del cargo y por esta razón continuó desempeñándolo el últimamente nombrado por Borja, hasta el año 1615.

Noticiosos los pueblos interesados de que el Príncipe de Squilache se hallaba propicio á abandonar los derechos que pudiera tener, acudieron á S. M. con la súplica de que aprobase el desistimiento, concediendo á los pueblos la facultad de nombrar su alcalde, motivando con ello la R. P. de 6 de Septiembre de 1614, en la que se mandaba que se abriera la consiguiente información para justificar los hechos expuestos en la petición. Comprobados en extenso expediente instruido en 1615 los extremos que interesaban al caso, parece ser que no se llevó á debido término dicha pretensión, por no haber accedido los pueblos al pago de la crecida cantidad que se les exigía á cambio de la Real gracia.

El Príncipe marchó al Perú sin haber tomado posesión de la Alcaldía, cargo que continuaba desempeñando todavía Domingo Lizarraga, últimamente nombrado por Borja, y vistas las instancias del interesado y de los pueblos, ordenó el Corregidor que el Concejo designase alcalde, siendo nombrado por tal Domingo de Ibeaga, quien ocupó este puesto cuatro años sucesivos, al cabo de los cuales fué Domingo de Goroa nombrado por el Corregidor en sustitución de aquel.

Dicho año se hicieron las entregas de las Reinas de España y Francia en el paso de Behobia, con la pompa y el fausto que se estilaba en estos actos. Guipúzcoa tomaba parte principal en ellos, mandando representaciones de todos sus pueblos á rendir homenaje á sus Monarcas, y Asteasu, fiel á los llamamientos de su madre la Provincia, como entonces se decía con frase cariñosa y simpática, acudió en esta ocasión, como en otras, al mando de su Alcalde Ibeaga á cumplir con creces las órdenes recibidas.

Veamos cómo en estos casos procedían nuestros pueblos.

Después de proveerse de una hermosa bandera que costó 600 reales, de una gineta, un pífano y un tambor, todo nuevo, se invitó á los de Larraul y Soravilla para que bajasen á la plaza de Asteasu y se uniesen á la bandera de ella, para en su día acudir juntos á la jornada y por haberse negado los vecinos de dichos pueblos á sujetarse en aquel acto á las órdenes de Asteasu, vino el capitán Martín de Justiz, por orden de la Diputación y también el Corregidor, quien informado de las costumbres anteriormente seguidas y de los papeles pre-

sentados por Asteasu, mandó que los de Larraul y Soravilla formasen escuadrón con los de Asteasu, acudiendo allí con su gente.

Formada la compañía con soldados de los tres pueblos, bajo el mando del capitán mencionado, el alférez Joan Ruiz de Bulano y el sargento Bartolomé de Iturrieta, salió del pueblo con bandera desplegada, apuesta y arrogante, siguiendo al son del tambor y pífano al capitán Ibeaga que, gineteta en mano, precedía á la pequeña fuerza, ostentando ufano su gallardía. Dejemos á dicho capitán que nos refiera los detalles de la expedición.

«Salí, dice, con la dicha bandera y compañía en tres del dicho mes de Noviembre para San Sebastián á cumplir con la orden que tuve del Señor Coronel D. Alonso de Idiaquez y fuimos á hacer noche á la casa casería de Ayete, que es en jurisdicción de la villa de San Sebastián, de donde el día siguiente, quatro del dicho mes, marchamos al puesto y lugar donde se había de formar el escuadrón, que fué en el arenal de San Sebastián, en el cual estuvimos hasta que las personas Reales entrasen en la dicha San Sebastián, de donde volvimos á la dicha casa de Ayete y estuvimos en ella alojados el día siguiente jueves, que se contaron cinco del dicho mes. Y así bien el día siguiente, viernes, que se contaron seis del sobredicho mes, marchamos á la villa de Rentería, donde hicimos alto por aquella noche, de donde el día siguiente marchamos á la Universidad de Irún Uranzu á la casa de Arbelaiz, que fué la que se nos señaló para nuestro alojamiento, donde estuvimos dos días que fueron á los 8 y 9 del sobredicho mes, en donde tuve nueva orden para que volviese con mi compañía al pueblo llamado el rreal, que es en jurisdicción que es del valle de Oyarzun, donde estuvo el escuadrón formado hasta que la Reina de Francia pasase á San Sebastián, de donde volvimos á la dicha villa de Rentería y en siguiente al otro día de Señor San Martín, marchamos para nuestras casas á donde llegamos en este dicho lugar, donde se acabaron las ocupaciones de la dicha jornada y lo que en su discurso hubo de costa, así en el refrescar en los caminos, como en las posadas y hospedaje á donde fuimos alojados, en la costa que tuvimos en las cabalgaduras de silla, como en la que la dicha gente é infantería, hizo, llega á razón de 178 reales por día, con lo qual sumo y recapitulo 1602 reales».

En las cuentas de 1660 á 1661 aparecen invertidos 144 reales para pago de los gastos hechos en llevar y traer camas á Fuenterrabía, para el alojamiento de los que acompañaban á Felipe IV cuando vino á ha-

cer la entrega de la Infanta doña María de Austria, lo que prueba la estorsión que causaba á los pueblos un viaje de los Monarcas en aquella época. Después que se efectuó el casamiento con el Rey de Francia por medio de su apoderado don Luis de Haro, en la parroquia de Fuenterrabía el 2 de Junio de 1660, bendiciendo el desposorio el Patriarca de las Indias, asistido del Obispo de Pamplona y fué ratificado en la parroquia de San Juan de Luz por el Obispo de Bayona con asistencia personal de Luis XIV, fueron de nuevo devueltos á los pueblos los objetos que cedieron con el indicado fin.

Para estas ocasiones y para casos de guerra tenía siempre Asteasu repartidas en el vecindario ó depositadas en la Casa Concejil, diferentes armas que le servían también para los alardes.

En 1558 tenía 10 picas de arcabuces, un tambor y una bandera. En 1747 tenía 29 mosquetes, 2 alabardas, 13 picas, 9 horquillas para mosquetes y 2 banderas.

El citado año de 1558 se dan 76 ducados á los 34 hombres que, incluso el capitán alferez Juan Ruiz de Yeribar y cabos de escuadras, se enviaron á quemar San Juan de Luz.

Ya hemos visto que en 1614 gestionó Asteasu la manera de liberarse de la tutela de los Alcaldes mercenarios, obteniendo para sí la gracia de la vara Real, pero no pudo lograrlo, sin duda alguna, por el sacrificio pecuniario que en cambio se le exigía y por las pretensiones nacidas en Larraul y Soravilla de recabar para sí la facultad de nombrar sus Alcaldes, eximiéndose completamente de la dependencia de Asteasu, una vez que se desprendían de la de los Alcaldes de nombramiento Real. No por eso dejaba de preocuparle hondamente este asunto, porque era una amenaza constante á la pequeña capitalidad que ejercía sobre los dos pueblos vecinos ya citados, mayormente si alguno de ellos ú otro pueblo más importante se le anticipaba á la compra, como estuvo á punto de hacerlo San Sebastián en Julio de 1587 á consecuencia del rozamiento ocurrido entre el Teniente Alcalde de Aiztondo que residía en Urnieta y el Alcalde de Hernani, por pretender el primero que en la iglesia de Urnieta se le diera la preferencia para recibir la ofrenda y la paz, así como en los demás honores, acudiendo á este efecto á D. Juan de Borja, preguntándole si quería vender la vara de la Alcaldía de Aiztondo.

Al saber el fallecimiento del Príncipe en 1650, volvió Asteasu á persistir en su empeño, haciendo que la Junta general celebrada en

Tolosa, renovase á S. M. la súplica de que se le hiciese la merced de la jurisdicción civil y criminal y vió por fin coronados sus esfuerzos con el mayor éxito, al recibir el Privilegio fechado en Madrid el 22 de Diciembre de 1659 que copiado del original verán los lectores en el Apéndice señalado con el número 2.

Por él se concede á Asteasu la facultad de nombrar perpetuamente en cada año el Alcalde para sí y sus lugares de Larraul y Soravilla. Esta gracia se pagó 1400 ducados, ó sea 15.400 reales, más 1400 maravedís de plata, que hacían 41 reales y 6 maravedís, porque los ducados que se pagaban á S. M. valían 11 reales y un maravedí. Incluyendo los demás gastos de agencias, giros, etc., importó la cantidad total 25.596 reales y 6 maravedís, en los que también estaban incluidos los gastos ocasionados en la gestión de la Real Cédula de sisas, según cuenta detallada presentada por D. Lucas Antonio Perez de Humendia, que corrió con este asunto.

A fin de que no le faltasen recursos para completar la cantidad consignada, se le autorizó á la villa por Real Cédula de la misma fecha del Privilegio, para que pudiera imponer en 20 años el arbitrio de 8 maravedís en azumbre de vino, 2 id. en libra de aceite, 2 id. en libra de carnero y otros 2 en la de vaca.

Al presentar la Real Cédula citada al *pase* de la Diputación, en virtud de facultades que tenía para el registro y conocimiento de todas las Reales Disposiciones referentes á la Provincia, fué rechazado el arbitrio de la carne por ser género del país y solo quedaron subsistentes el del vino y aceite.

*(Se continuará)*



## UN EXPLORADOR BASCO

ENRIQUE IBARRETA

Los diarios bonaerenses confirman la muerte del explorador bizcaino Enrique Ibarreta á manos de los indios vilelas, hordas feroces que pueblan una extensa zona del gran Chaco.

Hace algún tiempo se aventuró el intrépido explorador basco por el rio Pilcomago adelante, y venciendo inmensas dificultades, logró remontarlo hasta su nacimiento.

Cuando el Sr. Ibarreta regresaba á Buenos Aires y debía recoger el fruto de su temeraria empresa, los indios vilelas y matacos, en hueste numerosísima, lo cercaron, obligándole á trabar combate. En él pereció la reducida escolta que acompañaba al explorador, y éste, preso en una de las tolderías de aquellos salvajes, no tardó en sucumbir. Otro bizcaino, Carmelo Uriarte, inquieto por la muerte de Ibarreta, cuando aún se ignoraba su trágico fin, se impuso el deber de recobrar sus despojos y lo ha conseguido.

Enrique Ibarreta era de la casta de los aventureros audaces que no reparan en arriesgar su vida cuando se proponen algo. Alma generosa, no rehuyó jamás un peligro, ni puso precio á su sangre cuando le hostigaba un propósito audaz. En España se alistó para combatir á los insurrectos bajo el mando del general Martinez Campos, logrando como recompensa de su valor, la Cruz roja del Mérito naval de primera clase. Regresó á la Península por enfermo, y una vez repuesto y concluida la guerra, su ardiente sed de aventuras volvió á conducirlo á América. Y allí ha caído, en tierras apartadas, donde el alma impetuosa de los conquistadores españoles parece flotar eternamente.

## CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

El accadiano y el baskuenze carecen de declinación. Las relaciones gramaticales están encomendadas á sufijos que se unen al radical ó tema invariable; reciben el nombre de *casoales* cuando desempeñan el papel de los casos. Entre el sufijo casoal accadiano *ra*, de dativo, (*addara* «con el padre») y el directivo *ra* euskaro, (*echera* «á casa»); así como entre el comitativo accadiano *kit* «con», (*addakit* «con el padre») apócope de *kita* «lugar en», ó sea, un locativo, y el unitivo euskaro *ki-n*, adventiciamente dilatado por el locativo *n* (*aitarekin* «en con el padre»); y entre el sufijo calificativo ó adverbial accadiano *as*, *es*, y el instrumental baskongado *z*, media coincidencia de sentido originario y de forma. El ablativo accadiano *na*, tiene á veces, según afirma Lenormant, casi el significado de un genitivo: *addana* «del padre». <sup>1</sup> En baskuenze el sufijo *n* expresa el genitivo de posesión (*en*) y el ablativo de lugar: *echearen* «de la casa», *echean* «en la casa». El lenguaje vulgar, cuando prescinde de las eufonías, suele expresar uniformemente dichas relaciones: se oye decir *echen* «de la casa» y *echen* «en la casa». El valor del sufijo ugro-finés *n* ó *na* es triple: locativo, ablativo-genitivo é instrumental-modal. La proposición accadiana *ta-ku* «desde» se acerca bastante al separativo basko *tik*, *dik*.

(1) En el paradigma de la llamada declinación accadiana, Mr. Lenormant incluye un genitivo *adda* «del padre» (*du père*) y un ablativo *addana* «del padre» (*du père*). El verdadero ablativo es el que responde á la pregunta *unde*; pero bajo esa rúbrica suelen incluir las gramáticas de los idiomas neo-latinos una porción de relaciones. Recordemos la *olla podrida* del ablativo castellano: *con*, *de*, *en*, *por*, *si*, *sobre*. El ablativo de Lenormant parece significar procedencia, extracción, localidad.

El accadiano forma un dual para la denominación de objetos naturalmente pares, valiéndose de un procedimiento muy sencillo. Le basta sufijar el numeral *kas* «dos» al sustantivo: *sikas* «los dos ojos», *pikas* «las dos orejas», etc. A mi modo de ver, de dicho procedimiento quedan rastros sorprendentes en algunos vocablos euskaros formados, acaso, mediante la prefijación de *bi* «dos»: *be-gi* ó *b-egi* «ojo», *be-so* ó *b-eso* «brazo», *be-larri* ó *b-elarri* «oreja», *bi-rika* «pulmón», *be-laun* ó *b-elaun* «rodilla», *b-ular* «seno, mama». El nombre del corazón, *biotz*, aun con ser órgano único, parece derivado de *bi-ots* «dos ruidos», por alusión, sin duda, á los que producen la sístole y diástole del músculo cardíaco.

Las permutaciones conocidas de consonantes accadianas guardan correspondencia con las del baskuenze. En accadiano permutan las del mismo órgano: guturales *k*, *q*, *g*, que, á veces, pasan á la aspirada *j*; dentales *t*, *d*, *d* con puntillo encima; labiales *p*, *b* y también las sibilantes, cuyos sonidos, hipotéticamente, están representados por *z*, *s* con puntillo inferior y *s* con tilde superior. Además, permutan mutuamente la *n* y la *l*; con menos frecuencia, pero amenudo también la *l* con la *r*, y por último la *ñ* con la *m*. Casi todas ellas las conoce el baskuenze y son, en esta lengua, normales. Falta la última de las enumeradas, y las guturales no ceden su puesto á la aspirada *j*, pero sí la *k* á la aspirada suave *h*.

El accadiano forma la inmensa mayoría de sus derivados por medio de sufijos, quedando dispuesto el derivado á recibir otros, cual si fuese un nuevo radical: *Urunu-ma-ka* «la totalidad del distrito de Ur». Idéntico es el procedimiento del baskuenze: *esku* «mano», *esku-ta* «puñado», *esku-ta-ko* «procedencia del puñado», *esku-ta-ko-a* «el procedente del puñado», *esku-ta-ko-a-ren-a* «lo del procedente del puñado», etc.

El accadiano para expresar una cualidad ó modalidad apreciada subjetivamente, de los sustantivos deriva adverbios, mediante el sufijo *bi*: de *gal* «grande», *gal-bi* «grandemente»; de *dan* «poderoso», *dan-bi* «poderosamente». Este es el caso denominado por los gramáticos adverbial, predicativo ó esivo, y constituye una particularidad esencial de las lenguas llamadas turanias. El baskuenze se porta lo mismo que el accadiano; á veces combina dos sufijos de derivación adverbial: de *eder* «hermoso», *ederki*, *eder-to* «hermosamente»; de *argi* «luz» *argi-ki*, *argi-ki-ro* «claramente».

*Mes*, el sufijo accadiano más usado del plural, se coloca tras del tema, siguiéndole el sufijo casoal: *adda-mes* «los padres», *adda-mes-ra* «á los padres». Este es el procedimiento primitivo del baskuenze, transmitido hasta nuestros días por la variedad de Irún: *gizon* «hombre», *gizon-ak* «los hombres»; *gizon-ak-en* «de los hombres», *gizon-ak-ai* «á los hombres».

Ni el accadiano ni el baskuenze poseen género gramatical.

El accadiano posee un pronombre, que es *zu* «tú», idéntico al respetuoso basko *zu*. El pronombre accadiano de tercera persona *an*, costea con notoria proximidad al demostrativo bizkaino *a* «aquel». No concluyen aquí las semejanzas pronominales entre ambas lenguas; existen otros vestigios. La segunda serie pronominal accadiana posee un pronombre de primera persona que es *dab*. Las flexiones objetivo-pronominales euskaras encomiendan la representación del régimen indirecto á una dental que también representa el papel de sujeto de primera en las objetivas, residuo, indudablemente, de una forma hoy desconocida y misteriosa: *dit* «él me lo ha», *didate* «ellos me lo han», *det* «yo lo he». Conócese en accadiano un caso formado por la sufijación del pronombre de tercera persona *bi*, cuyo tema es *b*. Este pronombre, sufijado, suple, á veces, la falta del artículo definido y amenudo pierde la *i* final: *annab* «el Dios» en vez de *annabi*. En baskuenze, asimismo, el artículo es el pronombre demostrativo de tercera persona. En una serie pronominal accadiana, el pronombre de tercera persona es *abba*, cuya forma, casi siempre, se altera en *bab*, cuando sigue á una palabra terminada por vocal; es decir, que el tema pronominal es *b*. Las terceras personas del imperativo baskongado ostentan una *b* prefijada, acerca de cuyo origen no reina unanimidad. Mrs. Ribary y Vinson opinan que es residuo del pronombre *bera* «sí mismo».<sup>1</sup> El Príncipe Bonaparte afirma que la *b* prefijada pertenece al *ba* afirmativo, sinónimo de *bai* «sí». Yo en mi *Gramática* sostuve que *b* era la inicial de un pronombre de tercera persona desaparecido: *b-eza* «él háyallo», *b-edí* «él sea». Sigo creyendo lo mismo, y si estoy en lo cierto, el imperativo basko transitivo nos proporciona un buen ejemplo de la movilidad de ciertos elementos gramaticales y del período de titubeo que recorrió la aglutinación de ellos, en orden á su prefijación ó sufija-

(1) *Bera* no está bien traducido por los citados autores: significa «él mismo».

ción, antes de llegar á adquirir el baskuenze el caracter pospositivo que hoy es rasgo tan acentuado de su fisonomía: porque mientras en las terceras personas el sujeto va prefijado, *b-eza*, *b-eza-te*, las segundas lo llevan sufijado: *eza-zu* «helo tú», *eza-zu-te* «habledlo vosotros». El referido pronombre accadiano hace oficios de artículo, como sucede en el baskuenze con el demostrativo bizkaino *a* «aquel».

El baskuenze suple la carencia de pronombre reflexivo por medio del sustantivo *buru* «cabeza»: *bere burua maitatzen du* «se ama á sí mismo (ama su cabeza)». El accadiano emplea análogo recurso, echando mano á *im* «gloria, renombre», antes «reconocimiento»: *im-mu* «mi reconocimiento»=«yo mismo»; *im-zu* «tu reconocimiento»=«tú mismo».

Coinciden el baskuenze y el accadiano en la posesión de una conjugación perifrástica; la baskongada, además de ser la habitual y constante, se ha desarrollado maravillosamente. El auxiliar que el accadiano emplea es *men* «ser». *Male-men* «yo soy»; *zae-men* «tú eres», *aba-men?* «quién es?». Emplea otros pronombres distintos de los comunes: *male* significa «cuanto á mí» y *zae* «cuanto á tí». Yo no sé si la conjugación baskongada poseyó pronombres especiales; pero de todas suertes, nos ha conservado restos de varios que hoy carecen de vida independiente.

La conjugación accadiana, desde el punto de vista morfológico, puede dividirse en prepositiva y pospositiva. La primera es la más usual; posee formas simples que incorporan al radical los pronombres-sujetos, y formas objetivas que incorporan el pronombre-régimen. La conjugación pospositiva carece de formas objetivas, y estriba en la sufijación al tema ó radical, bajo su forma de pasado ó presente, de los pronombres-sujetos. Las flexiones de la conjugación euskara constituyen dos tipos de organización; las intransitivas prefijan siempre el sujeto: *na-iz* «yo soy», *gi-ñan* «nosotros éramos», *z-ai-te-z-en* «tú seas», *ba-l-iz* «si él fuera», *z-ai-te-z-te* «sed vosotros». Las transitivas se ajustan á ambos patrones, según los tiempos y modos: tenemos *n-uen* «yo lo había» y *de-t* «yo lo he», *n-exake* «yo lo podía» y *dexake-t* «yo lo puedo», etc. La posición del pronombre sujeto reproduce, por tanto los dos tipos orgánicos mencionados de la conjugación accadiana.

Se supone que las llamadas lenguas turanias, entre las que suele incluirse, no sin recia oposición, al accadiano, han recorrido tres pe-

ríodos sucesivos, tocante á la incorporación del pronombre-sujeto en el verbo. 1.º, el de la yuxtaposición prepositiva; 2.º, el de la yuxtaposición pospositiva, y 3.º, el de la transformación del pronombre pospuesto en una terminación afija, diferente de la forma íntegra del pronombre. Los idiomas ugro-fineses y turco-tártaros están en el tercer período, pero varios de los primeros conservan un verbo ó conjugación negativa que es residuo del mecanismo primitivo. El accadiano formó su gramática en el tiempo de transición del primero al segundo período; posee una conjugación prepositiva muy rica, que es la habitual, y otra pospositiva, de uso menos frecuente, la cual, al parecer, poseyó el mismo número de voces y modos, pero que carece de formas objetivas y negativas. El baskuenze se estacionó en el período de oscilación, aunque reinando con mayor empuje la tendencia prepositiva, pues si miramos en conjunto á la conjugación, transitiva é intransitiva, veremos que predominan las formas con prefijación del tipo de *n-uen* y *na-iz*. Aun del tercer período se puede afirmar que alborea; porque la *t* de las primeras personas de singular, por ejemplo, de ciertos tiempos, es hoy, de hecho, una nueva terminación, cuya relación de forma con el primitivo pronombre, no sabemos determinar.

ARTURO CAMPIÓN.

(*Se continuará*)

193



## ENSAYO DE UN PADRÓN HISTÓRICO DE GUIPÚZCOA

### según el orden de sus familias pobladoras



(CONTINUACIÓN)

Guerequiz, Joan Martinez de Guerequiz, hijo de Miguel Martinez de Alzo, v. de Tolosa, 1346.

Guerendiain. (Véase Barón de Guerendiain).

Guereta, José y Eugenio, h. Oñate, 1740.

Guerra, Juan Perez (el mozo), v. de Mondragón en 1429, San Juan de Guerra en 1461, Juan mayor, Juan menor, Martín García, Miguel y San Juan v. de la misma villa en 1530.—García, Señor de la casa solar de Guerra en Villarreal de Urrechú, 1450. Le sucedió su hijo Juan, que concurrió en 1490 al repartimiento de los terrenos concejiles de Mizpilsasi y Beain-Erreka, llevado á cabo para poblarlos de manzanos, á fin de suplir la falta de sidra que á la sazón se padecía en Villarreal, y, además de la suerte que le tocó, adquirió por compra los de otros muchos vecinos, dando eso ocasión á repetidos pleitos entre el concejo y la casa de Guerra. Fué padre de doña María de Guerra, que le sucedió en la casa solar, casada con Nicolás de Oraa; doña Domenja de Guerra, que poseyó pro-indiviso con la anterior el molino de Lizarazu, construido en 1513, y casó con Juan de Echeberría de Lizarazu, Señor de la casa de Echeberría de Lizarazu en Zumarraga, y doña María Joan de Guerra, casada con Pedro de Oñaz y madre de Juan de Oñaz, á quien donó en 1524 muchos bienes raíces y una taza de plata que ella y su marido habían hecho, y los aportó Juan á su matrimonio con doña María Juan de Irigoyen.

De un hijo segundo de García de Guerra, casado con heredera de la casa de Ersolegui, procedieron García Juan de Ersolegui, sucesor de esta casa, Juan de Guerra Ersolegui, cuya descendencia usó promiscuamente ambos apellidos, y María de Guerra, mujer de Martín de Ercilla.—Pascual, Señor del Solar de Goyenaga en Legazpia y v. de este valle en 1532.—Julián, v. de Oñate en 1578.—Juan y Domingo, hermanos, h. San Sebastián, 1606.—Martín, Luisa y Magdalena, hermanos, h. Legazpia, 1646.—Gabriel, h. Villarreal de Urrechú, 1700.—Tomás Joaquín é hijos, h. Legazpia, 1762.—Juan, h. Vergara y Zumarraga, 1765 y 1768.—Juan, Carlos y José, h. Villarreal de Urrechú, 1773.

Guerra y Anduaga, D. Francisco, D. Ignacio y consortes, E. con el fundador Martín Ibañez de Hernani, Oñate, 1776. Acreditaron ser descendientes directos de Juan Ibañez de Hernani y D.<sup>a</sup> María Perez de Lazarraga, bisabuelos de dicho fundador.

Los mismos formalizaron h. en Legazpia, 1779.

Guerra y Azpileta, D. José Blas, h. Legazpia, 1779. Su filiación es la siguiente:

I. Nicolás de Oraa, hijo de la casa solar de Oraa de Yuso en Zumarraga, y D.<sup>a</sup> María de Guerra, su mujer, Señores de la de Guerra-Aundía en Villarreal de Urrechú, fueron padres de Juan, que sigue esta línea, Miguel, Chomin, Catalina, Mariacho y Nicolás de Guerra. Este último nació en 1524 y casado con doña María de Pamanes, de antigua prosapia montañesa, tuvo á Nicolás, Agustín y Alfonso de Guerra.

II. Juan de Guerra, el viejo. Nació en 1509 y casó en 1532 con D.<sup>a</sup> María Martinez de Goenaga, hija de Martín de Goenaga y María Juan de Lizarazu, Señores del solar de Goenaga en Azcoitia. Se otorgó el contrato de capitulaciones á 3 de Marzo de dicho año en la casa de Goenaga, ante el escribano de Azcoitia Juan Perez de Umansoro y el vicario de Santa María de Balda D. Juan de Insausti. Mediante este documento, donaron al novio sus padres la casa solar de Guerra con todas sus tierras, manzanales, montes, castañales, pastos y pertenencias, más la mitad del molino de Lizarazu, con su presa, calce y aguas corrientes, y los muebles y efectos existentes como ajuar en Guerra-Aundia. Se reservaron los padres las ropas de lana y lino, el oro, la plata y moneda monedada, dos arcas, dos fanegas de trigo, una de avena, una de mijo, la mitad del

fruto del manzanal que tenían debajo de Ersolegui y el del castañal de Arizurialde, y los ganados de toda clase. Presentaron por fiadores á sus deudos Domingo de Abendaño, Señor del solar de Abendaño en Azcoitia y Juan de Errazu, del de Errazu de Suso en Villarreal. La novia aportó ciento cuarenta ducados en oro, una taza de plata y su equipo y arreo con cuatro camas, una arca, una capa y una loba de buen paño y demás ropas, presentando por fiadores á Martín Ruiz de Ezquidi, Juan Martinez de Aiztarri, Pedro de Zabaleta y Antón de Mendizabal y Goenaga. Se estipuló la reversión troncal. Suscribieron como testigos de una parte Miguel de Guerra, Pascual de Oraa y de la otra Juan de Zelaeder y Martín de Echausta. Nacieron de este matrimonio: 1.º Juan de Guerra, sucesor, casado con María de Cortabarría, padres de Andrés, que sucedió en la casa y no tuvo descendencia de su matrimonio con doña María Joaneiz de Zabaleta, hermano del Capitán Santos de Zabaleta, Caballero de Santiago; por lo que instituyó heredera á su alma en testamento otorgado el 1630. 2.º Nicolás de Guerra, Contador de Felipe II, casado con doña María Martinez de Errazu, 3.º Martín de Guerra, con doña María Perez de Lete, 4.º Pascual de Guerra, con doña María Martinez de Manchola, 5.º Andrés de Guerra, que sigue esta línea, y 6.º Miguel de Guerra, que casó con doña Catalina de Ocariz.

III. Andrés de Guerra, nació en Villarreal de Urrechu en 1545 y casó en 1579 con María Miguel de Araoz y Urrutia, hija de San Juan de Araoz y María de Zabaleta-Laquidiola y nieta de Martín de Araoz, vecinos de Legazpia. Fué su hijo:

IV. Juan de Guerra, nació en Villarreal en 1585 y casó en Legazpia en 1612 con Catalina de Elorza, hija de Martín de Elorza y María de Vergara, Señores de la casa solar de Elorza en dicho valle. Falleció á la edad de noventa y cinco años, dejando por hijo á:

V. Domingo de Guerra, nació en Legazpia en 1626 y casó en 1650 con Luisa de Guridi, hija de Simón de Guridi y María Asencio de Echeberría, Señores de la casa solar de Igualde. Fué su hijo

VI. Ignacio de Guerra, nació en Legazpia en 1669 y casó en 1700 con Agueda de Iturbe, nacida en Villarreal de Urrechu en 1672, hija de Juan de Iturbe y Catalina de Narbaiza. Fué su hijo:

VII. Diego de Guerra, nació en Legazpia en 1710 y casó en 1737 con Ana María Teresa de Anduaga y Yarza, nacida en Oñate en 1714, hija de Antonio de Anduaga y Ana María de Yarza. Fueron sus hijos: Ignacio, que sigue esta línea, (n.º VIII), D. José, Doctor en Derecho Civil y Canónico, del Gremio y Claustro de la Universidad de Oñate, y D. Francisco, que casó con D.ª Brígida de Ormaechea y tuvo al Doctor D. José de Guerra, Catedrático de Derecho en la Universidad de Oñate, luego Consultor de Guipúzcoa, Diputado á guerra contra los franceses en 1812, magistrado honorario y primer decano que tuvo el Ilustre Colegio de Abogados de San Sebastián.

VIII. D. Ignacio de Guerra; nació en Legazpia en 1743 y casó en 1771 con doña María Fernanda de Azpileta, nacida en Legazpia en 1748, hija de Ignacio de Azpileta y María Antonia de Iranzua-ga descendiente de los solares de Azpileta en Berastegui é Iranzua-ga en Olaberria y del palacio de Legazpi-Jauregui en Zumarraga. Fué su hijo:

IX. D. Joseph Blas de Guerra y Azpileta, informante, nacido en Legazpia el 3 de Febrero de 1774. Casado en Oñate el 18 de Enero de 1800 con doña Francisca Xaviera de Barrena y Umerez. Fueron sus hijos: D. Félix, Licenciado en Derecho Civil y Canónico, D. Juan Carlos, Doctor en Medicina y Cirujía, D. José Julián, Presbítero, D. José Xavier, D. Vicente, D. Fernando, doña María y doña Justa de Guerra, (q. s. g. h.)

JUAN CARLOS DE GUERRA.

*(Se continuará)*



## Noticias bibliográficas y literarias

---

### «LAS MINAS DE HIERRO DE LA PROVINCIA DE BIZCAYA»

---

Este es el título de un interesantísimo libro que ha sido entregado á S. M. la Reina como testimonio elocuente de los progresos alcanzados en Bizcaya en las distintas manifestaciones de la industria.

Por un exceso de extraordinaria y bondadosa modestia, lo suscribe la Junta Directiva del Círculo Minero de Bilbao, á quien está dedicado, pero nos consta que su autor es el distinguido minero y excelente escritor don Julio de Lazúrtegui, habiéndole ayudado en tan difíciles como útiles é interesantes narraciones el ilustrado periodista D. Ignacio de Echeverría.

En el libro se detallan de una manera magistral los progresos realizados en esta región desde 1870 hasta 1899.

En el primer capítulo se ocupa de los orígenes de la Villa Invicta, riqueza minera, antiguas ferrerías, desenvolvimiento minero y bibliografía.

Se demuestra con este trabajo un conocimiento profundísimo de Bizcaya, producto innegable de gran estudio.

La descripción geológica, y de las zonas mineras, así como también las clases de minerales que produce este nuestro privilegiado suelo, constituyen bellísimas narraciones, expuestas con sencillez y elegancia de lenguaje.

La explotación minera, en sus diversos métodos de laboreo, calcinaciones, lavado de minerales, transportes y embarques, tiene su capítulo aparte en extremo ameno é interesante, y el libro á estas alturas se impone al lector de un modo sugestivo.

Comienza después la historia del desarrollo minero y sus primeras

épocas; el Ferrocarril de Triano; el desenvolvimiento de las explotaciones, cuadro gráfico de la producción de mineral de hierro desde 1870 á 1899, la demanda local, cabotaje y exportaciones.

Acompañan á todas estas materias cuadros comparativos de un mérito extraordinario por su complicado trabajo y que son complemento del interés que en general encierra el libro del Sr. Lazúrtegui.

La metalurgia en Bizcaya, sus principios y su situación á mediados del siglo así como también los grandes establecimientos siderúrgicos y sus industrias derivadas y la producción en 1899 se detallan con la misma maestría y con idéntica profundidad de conocimientos que la minería.

Y para que en este útil libro no falte nada, se consignan los progresos generales en Bizcaya en los diferentes órdenes de la vida, recalcando los progresos observados en las industrias en general y con especialidad los ferrocarriles y demás vías de comunicación.

También se enumeran cuantas compañías, empresas anónimas, mineras, siderúrgicas y navieras, funcionan en Bizcaya, así como el movimiento general del puerto desde 1878 en que dieron comienzo las obras.

Figura también un precioso dibujo iluminado de la instalación que el Círculo Minero de Bilbao tiene hecha en la Exposición Universal de París y un plano geológico de la zona minera de Bizcaya.

En el libro que nos ocupa se revela la laboriosidad y cultura de su autor á quien felicitamos por su notable trabajo que desde hoy servirá de consulta y apreciación para cuantos acometan negocios en Bizcaya, pues con su sacrificio intelectual ha logrado recopilar cuanto de interés encierra este industrioso país.

La parte tipo-litográfica del libro es de mucho gusto y honra al sucesor de Juan E. Delmas.

Este libro figurará en la Exposición de París.



## EN SU PARTIDA

---

Has partido!: la audaz locomotora  
de mis valles te aleja;  
ya tus manos de rosas y de nieve  
á mis manos no estrechan;  
ya no besan mis ojos los destellos  
de tus pupilas tiernas;  
ya no miro los rizos de tu blonda  
dorada cabellera,  
ni oigo tu voz más dulce y más suave  
que las sentidas quejas  
del ave que suspira enamorada  
en la vecina selva.  
No escucharé tus frases amorosas,  
las palabras aquellas,  
que al salir de tus labios, en mi pecho  
se quedaron impresas.  
Mas al amor no importan las distancias  
que le es fácil vencerlas,  
y aunque ya no se funden las miradas  
ni las manos se estrechan,  
nuestras almas flotando en los espacios  
con rapidez inmensa,  
se agitan y se encuentran y se enlazan  
y en ósculo de fuego se condensan.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

---